

Piel

Elia Barceló

Se levantó de la cama sintiéndose furiosa, frustrada y vacía. Miró el cráneo afeitado de su compañero y tuvo que contenerse para no dejarlo seco allí mismo, mientras dormía. Miró por la ventana a la pista del espaciopuerto, brillantemente iluminada, e inhaló profundamente volviendo a recuperar el control segundo a segundo. Después de todo, ¿qué culpa tenía él? El fallo no había sido de él, sino de ella, que no le había dado ninguna oportunidad. Estaba tan furiosa con Lol por haberle quitado a Ilain que había escogido al primero que se le había puesto por delante; el de aspecto más brutal, un auténtico macho viejo estilo que contrastaba dramáticamente con la clase de Ilain, con su mirada. Su mirada, sus caderas, sus hombros, su sonrisa.

Se abrazó a sí misma y maldijo entre dientes. *Ausgemacht ist ausgemacht*. Había visto a Ilain dos minutos demasiado tarde, dos minutos después de que Lol lo hubiera reclamado y cerrado el trato. Pero a la noche siguiente sería suyo, tenía que serlo. Lol nunca se interesaba dos veces por el mismo. Lo buscaría temprano por la mañana y podría pasar el resto del día en paz.

Se giró hacia la cama pensando qué hacer. Volver no tenía sentido, estaba demasiado nerviosa para dormir, no quería tomar sedantes y tampoco quería sexo. Además, aquel estúpido estaría ya condicionado por su primera experiencia y se limitaría a dejarse montar furiosamente como un par de horas antes y a vaciarse dentro de ella tantas veces como se lo pidiera. Y ella no quería eso, ni lo necesitaba. Ni tampoco quería crearle problemas de responsabilidad con su frigidez, con lo que él seguro pensaba que era frigidez por su parte. ¿Cómo explicarle que ella no deseaba un orgasmo, que eso era lo único que podía conseguir sola o con ayuda de la sala de reposo de su nave?

Ella quería calor, suavidad, ternura, la expresión de un deseo por ella y para ella, todo lo que estaba en la mirada de Ilain y que ahora él malgastaba estúpidamente sobre el cuerpo de Lol. O quizá no. Todo el mundo sabe que lo que un piloto quiere en su primer día en tierra es la borrachera del contacto, del piel a piel, brutal, salvajemente, sin dulzura, sin afectos. Lo demás viene luego, noche a noche, cuando te acostumbras a la vida de abajo y se va acercando el momento de subir. Y si ella quería otra cosa era sencillamente porque había visto a Ilain y el recuerdo de su mirada borraba cualquier otro deseo.

Sacudió la cabeza, metió la credi en la ranura de la consola. 200 unidades. Recogió su ropa del suelo y salió desnuda al pasillo deseando alejarse de allí, alejarse del fracaso que llevaba en el estómago como un pulpo muerto y frío. Tiró la ropa en el incinerador de la planta baja y salió a la calle, al vapor de una noche de verano opresiva y húmeda, sólida de gente sin rumbo.

La bolsa le bailaba entre los pechos y le producía un cosquilleo desagradable sobre las costillas. Sacó las gafas oscuras y se la acomodó sobre la espalda. Ahora le golpeaba los riñones pero era mejor que antes; de todos modos, maldijo su jodida costumbre de llevar siempre la bolsa a

cuestas en un mundo donde todo se podía conseguir en automáticos con sólo presionar la palma de la mano contra la placa y se incineraba en cuanto comenzaba a resultar molesto. Pero ella conservaba la absurda manía de sentir afecto por ciertas cosas: sus gafas oscuras, por ejemplo, cuando hubiera sido mucho más sencillo y más práctico hacerse implantar un regulador de dilatación pupilar.

"Chica, te estás quedando anticuada", se dijo divertida y amarga.

La brillantez de las luces le quemaba los ojos a pesar de las gafas; echaba de menos la visera y el suave peso de su casco y la ligereza de su cráneo le daba una extraña sensación de desamparo. Otra más. Tantas ganas de llegar a tierra, tantos proyectos y ahora sola en las calles atestadas de maldito-sí-sé-qué-mundo y maldito-sí-me-importa. ¡Joder, qué noche!

Sintió que iba a empezar a darse palmadas en el hombro y se metió en una calleja lateral, más oscura y más tranquila, buscando alguna sombra que atacar, buscando algún peligro, huyendo de la condenada paz de aquellas primeras horas lejos del combate y del estado de alerta. Al fin y al cabo, ¿qué coño puede hacer un piloto de ataque si no es luchar, matar, sacrificarse? Para eso había sido entrenada y esa era su vida. No sabía hacer otra cosa. No quería hacer otra cosa. Y, de vez en cuando, un refugio en una piel caliente, una confidencia, un recuerdo en voz enronquecida por el humo mirando de muy cerca, con la pupila dilatada por el alcohol, unos ojos que no volvería a ver. "*Shere, life is a struggle.*" "*Um was?*" "*Yo qué sé*". Para eso, para vivir hasta la muerte, el sacrificio o la remodelación. Y mientras tanto, lo de en medio, la vida. Una cosa que hay que pasar. "*¡Maldita sea, qué noche!*"

Pensó en buscar un *Transformer's* y cambiar de sexo; hacía tiempo que no era hombre. Podía ser bueno buscar una hembra y clavarla hasta hacerla gritar. O destrozarle a alguien la jeta a puñetazos. *Einfach so*. Pero para eso no hacía falta ser hombre. *Action, girl*, eso es lo que necesitas. Deja de joderte lo poco que te queda de alma en una noche oscura. Mata. Mata si te hace falta. Eso lo sabes hacer. Mata a todos los cabrones que saben que estás sola y te tienen miedo y pasan de largo. Mátales. Con las manos, a cuerpo limpio, sin tech; tu cuerpo ya es bastante peligroso. Busca a Lol y déjala fría para que Ilain sepa lo que es joder con un cadáver. Ilain, bastardo, cumpliendo tu deber de puta por 200 miserables unidades. Mañana te morderé hasta la sangre y llorar, en tu hombro por esta jodida noche vacía. Te lo juro, amor.

-¿Buscas algo, piloto? -la voz surge, imprecisa, de un portal oscuro. Shere se gira tensa, anhelante.

-Lo que sea, si es fuerte.

-Lo que quieras, si lo pagas. Nel lo tiene todo. ¿Lucha, venenos, piel, juego?

-La piel la tengo clara. Mañana. Ahora otra cosa. Lucha tal vez. Riesgo. *Risk*. ¿Claro?

–*Certo*. Ven conmigo.

La entrada está oscura pero Shere no se quita las gafas; es un espacio tan pequeño que puede sentir en toda su piel dónde están las paredes y hacia dónde hay abertura. Camina sin miedo detrás del zorro dispuesta a saltar si es necesario pero sabiendo que no va a tener que hacerlo. El tipo es un cerdo pero está limpio. Avanzan en silencio unos cincuenta metros sintiendo de vez en cuando que el pasillo se bifurca y se pierde en escaleras; es casi imposible creer que realmente se dirigen a alguna parte en aquella negrura interior.

Algo se desliza junto a sus piernas con un chillido y el zorro ríe con voz seca, previendo el sobresalto de ella. Una mano se instala cerca de su cuello y la risa va cediendo a medida que las garras penetran en la carne; cuando se ha convertido en un humilde quejido, Shere suelta.

–Podría matarte aquí mismo, cabrón, y no pasaría nada.

–Era sólo un gato, piloto, un gato cruzado; me figuré que te pegaría un susto aquí en la oscuridad y me reí no más que por eso.

–Ya sé que era un gato, imbécil. ¿Crees que lo hubiera sentido acercarse y no habría hecho nada, si llega a ser otra cosa?

–¿Qué armas usas, piloto? –cambiar de tema, *ablenken*, despistar a toda costa.

–En combate, todas. Cuando estoy de permiso, uñas sintéticas y *killer-fan*.

–¿*Killer-fan*? –la voz temblaba ligeramente y su paso se hizo irregular.

–Yo soy muy femenina –su propia voz la cogió desprevenida y, cuando el cerdo abrió un pedazo de oscuridad y la luz le hirió los ojos, aún se estaba riendo descontroladamente.

Aquella cueva parecía sacada de un film bidimensional. Sucia, apestosa, llena de humo y música de metal; ojos desencajados, vasos semivacíos, grasientos, olor de mil venenos y, dominándolo todo, el olor del miedo, el sudor del miedo deslizándose por cuerpos temblorosos de excitación y de agonía. Ilegales. Seres sin existencia oficial, hombres y mujeres sin permiso de vida, tratando de sobrevivir de cualquier modo, de huir si era posible, de conseguir bastantes unidades clandestinas para pagarse un pasaje al infierno. Sólo de ida.

El cerdo la miraba con ojos húmedos, expectantes. Era más pequeño de lo que esperaba, frágil, con cara de rata y dientes naturales medio gastados.

–Te lo dije, piloto, lo que quieras –su gesto abarcaba todo el local.

Shere asintió distraídamente, midiendo con los ojos la informe masa de humanidad desparramada frente a ella.

Nadie se había vuelto a mirarlos; los ilegales sabían que sólo podían esperar alguna pequeña comisión cuando ella eligiera.

–¿Quieres beber?

Shere volvió a asentir, se colocó la bolsa sobre el estómago y esperó, con una mano dentro, a que el cerdo volviera.

–Toma, es lo mejor que hay. Fuerte, como tú.

Shere tocó la placa con la mano izquierda antes de aceptar el vaso, luego lo cogió y se lo tragó de un golpe, sin saborearlo, decidida a matar la condenada babosa que aún llevaba dentro.

–Otro –tendió el vaso vacío a su rata.

–Es un palo, tú.

–Otro.

El cerdo salió corriendo hacia el bar sin discutir. Shere se sentó a una mesa de plástico mugriento donde un hombre dormitaba. El vaso casi se materializó frente a ella, puso la mano en la placa y sacó de su bolsa algo de dinero ilegal. Lo entregó sin mirar:

–Cincuenta unis por el servicio. Y ahora lárgate. Déjame en paz.

–No saldrás de aquí sin mí.

–Saldré. *Piss off, man.*

El cerdo hizo una mueca, inseguro.

–Estaré por aquí, si me necesitas.

–Tu no puedes darme lo que necesito. ¡Largo!

–Nel tiene contactos. Nel te lo dará.

Ella sonrió lenta, insultante, enseñando los dientes en un gesto de provocación animal.

–¿Tú?

El cerdo pareció encogerse, disolverse, sintiendo el peligro.

–No, yo no –balbuceó–. Nel, mi socio. Tu compañero de mesa.

Ella levantó las cejas y echó la cabeza atrás, segura, dominante.

–¡Largo, cerdo!

La rata se fundió con la clientela del local, aceptando la humillación por costumbre.

–*¡Mensch!* –Dio otro trago y se concentró en la ebullición de su estómago que disolvía la babosa como un ácido.

Cerrando los ojos, que ya se iban desenfocando plácidamente, se prendió al recuerdo de la mirada de Ilain. Sus ojos, ese azul burlón lleno de chispas de piedra, su mirada líquida y secreta que se reía de su deseo y la deseaba también. Ese abismo de sensaciones entrevistas que nunca serían tuyas porque no habría tiempo y porque ella se cerraría al abrirse a él, como hacía siempre. El miedo a ser vencida, el miedo a romperse en un grito de placer y quedar expuesta, frágil, vulnerable. ¿Para qué todo? ¿Para qué intentarlo si ya sabía lo que iba a pasar? La imposibilidad de la comunicación entre dos seres, entre dos cuerpos; la soledad del placer, encadenada a tí misma,

como en la nave, el miedo a la ternura que puede surgir pero ha de terminarse cuando apenas si ha empezado. Y esa ternura estaba en los ojos de Ilain, en su cuerpo, en su forma de tensarse hacia ella y sonreír. ¿Para qué malgastar la ínfima capacidad de amor que la Flota le había concedido en sentir por un androide, por un semi-ser producido para recreo de pilotos? ¿Y en qué otra cosa, si no? En la Flota, en la nave, en el combate estaban toda su fuerza, su locura, su vida, pero no su amor; ese pequeño amor que aún le quedaba y la hacía sentirse tan ridícula, ese pequeño amor que ponía en sus gafas, en su piedra de fuego, en su cuerpo sin una sola bioconversión, en su orgullo de piloto, en su delta.

La mirada de Ilain era una amenaza porque en ella su amor había visto una chispa de esperanza, un desafío, un puerto. Un puerto para unos días antes de subir de nuevo. Era mejor dejarlo correr, *let go*, tomar a cualquier otro, beber, no correr riesgos con esa pequeña parte oscura y peligrosa agazapada en su interior. Olvidar su mirada.

Y otra vez su deseo, su deseo salvaje de tomarlo, de entregarse, de sentir su piel acariciada por unos labios húmedos que serían recuerdos alguna vez quizá, quizá ni eso con un poco de suerte.

Semiseres que pueden encerrar el paraíso, dicen, o la muerte, o, simplemente como hasta ahora, el placer y el olvido.

—¡La madre puta que parió a esa raza! —dijo entre dientes.

Su compañero de mesa levantó también los ojos, gris azulado, burlones como los de Ilain, pero más sabios, más distantes.

—¿Problemas amorosos? —su voz era apenas un susurro, un acento lánguido que se adivinaba más que comprender; una voz ronca, arrastrada.

—¡Amorosos! —dijo con rabia, apretando el vaso con la vaga intención de destrozarlo y ver correr la sangre—. ¿Qué sabrás tú?

—Sé que quieres algo que no tienes y siendo un piloto de combate en tu primera noche en tierra, sé que buscas piel y destrucción. La muerte y el amor llevan al mismo sitio.

—¿Cómo sabes que es mi primera noche, cómo sabes...?

Él la interrumpió con un gesto.

—Tu cuerpo está tenso y buscas pelea, se huele. Pero, a veces, la tensión se hace sexual y te relajas un instante, luego está claro que sabes lo que quieres, porque lo recuerdas.

—Tu no puedes sentir mi tensión; eres humano.

—Sí, como tú. Todos los humanos pueden sentirlo.

—Yo no.

—Tú también, pero no quieres porque tu magnífico entrenamiento de ciudadana de primera clase te ha hecho horrorizarte ante la idea de que un hombre y una mujer puedan desearse.

–Eso es una perversión.

–Para la moral imperante sí, pero ¿no es eso lo que quieres, piel humana?

Shere se levantó de un salto arrastrando la mesa y la silla tras de sí. El vaso se hizo añicos y, repentinamente, la cara de Nel empezó a sangrar desde el ojo a la barbilla. Cuatro estrías de garras sangrientas. Las manos de Shere temblaban.

–¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡Pervertido!

Un tipo se acercó y le puso una compresa en la herida. Nel hizo un gesto de agradecimiento y de rechazo. Se fue sin hablar. Nel siguió sentado sujetando la tela contra la cara con una pequeña mueca de dolor.

–Págate un vaso, piloto. Me lo debes. Un error lo tiene cualquiera.

Shere se levantó, sin un comentario, y volvió a la mesa con dos vasos.

–Déjame ver eso.

Nel se quitó la compresa empapada y empezó a beber mientras ella le echaba un vistazo a la herida.

–Se te curará. Si te portas bien, te pago un regenerador. No te quedarán marcas. Te he echado un sedante en el vaso; también invito yo.

–¡Para lo que me va a servir seguir así de guapo! Igual no te vas a querer ac... , olvídale.

Shere no pareció oír su comentario; sus ojos, tras las gafas negras, estaban fijos en un rincón del fondo, en el punto donde dos sombras se besaban apasionadamente al ritmo de la música chirriante. Puso la mano en el hombro de Nel, urgente.

–Nel, ¿esa, esa mujer del fondo.... es humana?

Nel miró distraídamente, arrancándose de las profundidades de su vaso.

–Sí, claro.

–¿Y él?

–No sé. Supongo. Parece un piloto.

Entonces, sobre el estruendo de la música, Shere gritó. Desgarradamente. Un grito desafinado que le enronqueció la garganta.

–¡Nikki! ¡Nikkiii!

La sombra del fondo se volvió, paralizada de horror y de sorpresa.

–¡Shere! –dijo, casi sin voz.

Y luego la vio, desnuda, la mano apoyada en el hombro de Nel, rozando con un pecho su mejilla herida, y sonrió tontamente; una sonrisa de borracho que se fue extendiendo lentamente por su rostro al creer que comprendía. Un segundo después, el abanico de ella había cruzado la

habitación con un siseo y la cabeza de Nikki caía a los pies de la muchacha humana en un charco de sangre.

Entonces empezaron los aullidos y la fuga. Toda la masa de ilegales atropellándose para alcanzar la puerta y borrar las huellas de su presencia en un lugar donde alguien había matado a un piloto de la Flota.

Al cabo de un momento no quedaba nadie en el antro, ni siquiera la mujer que había besado tan apasionadamente el cuerpo que era ahora un juguete roto sin posibilidad de remodelación. Shere seguía en pie, junto a Nel, temblando.

El se levantó, inseguro, y la cogió de la mano.

–Vámonos, piloto.

Ella se dejó llevar pero, antes de alcanzar la puerta, fue a donde estaba lo que había sido Nikki y recogió su abanico.

–Pobre hijo de puta –murmuró.

–Vamos, piloto. Ya tienes lo que querías. Hay que largarse.

Ella miró una vez más, sin ver, y entraron en la oscuridad con las manos pegajosas de sangre.

De alguna manera, más allá de la comprensión de Shere, llegaron a la playa. Estaba amaneciendo y hacía frío, un vientecillo cortante que ponía piel de gallina en todo su cuerpo pero que casi no podía sentir.

Nel se quitó el abrigo, una especie de prenda larga con mangas, de tela impermeable de ese azul indefinible que sólo adquieren las cosas con el tiempo y el uso continuo. Lo puso sobre sus hombros cuidando de no tocarla más que lo justo.

–Quítate las gafas, piloto. No creo que hayas visto muchas veces un amanecer en tierra.

Con una extraña docilidad, Shere se las quitó y las guardó en un bolsillo del impermeable. Tenía los ojos enrojecidos y le dolía la cabeza pero Nel tenía razón; hacía mucho tiempo que no había visto un amanecer en el mar y la otra vez era distinto porque el agua era oscura y el sol apenas un punto distante que no daba calor. Y la otra vez no acababa de matar a un compañero.

–¿Sabes? –dijo–. Nunca lo había hecho antes.

–Yo tampoco vengo mucho.

–No, no esto del amanecer. Lo del abanico. Nunca lo había usado contra un compañero.

–¿Te declararán ilegal si se enteran?

–No. La Flota nos cubre y, a poco que investiguen, se darán cuenta de por qué lo hice.

–¿Y te parece justo?

–Da igual. Era eso o el sacrificio o la remodelación. Y Nikki nunca hubiera soportado el sacrificio. Lo conozco. Bueno –se interrumpió–, lo conocía.

–Pero quizá hubiera optado por la remodelación.

–Sí, quizá. Ahora ya es tarde.

Paseaban sin rumbo por la playa, dándole patadas a las piedras y esperando que apareciera el sol sobre el horizonte. El aire olía a sal y a arena y el viento estaba lleno de gritos de pájaros. Miles de pájaros se perseguían en el cielo débilmente amarillo gritándole a la espuma.

–Estoy cansada –dijo Shere acuclillándose en la arena.

–Te llevaré a tu base o a algún lado a dormir.

Ella negó con la cabeza.

–No. Cansada de esto, de todo esto.

–¿Del mar? ¿De vivir?

–De vivir, supongo. –Y luego, con una carcajada–. No me hagas caso, ilegal, estoy un poco loca.

Se quedaron allí, quietos, sin hablar, acuclillados sobre la arena mirando al horizonte que, poco a poco, se iba llenando de luz anaranjada.

Nel miraba de reojo el rostro de Shere que, sin gafas, se había vuelto de pronto suave y casi infantil. Sintió por ella una especie de ternura y un deseo incontrolable de abrazarla, de protegerla tal vez de sí misma, de besarla y hacerle el amor como un relámpago bajo el cielo naranja y verde del amanecer. Estaba tan cerca que sólo hubiera tenido que mover apenas el brazo para tocarla, para tocar esa piel lisa y fría que no era para él. Era otra cosa lo que ella buscaba. Algo que él no podría darle nunca, sencillamente porque era humano.

–¿Tú aceptarías el sacrificio, piloto?

Ella giró la cabeza, sorprendida.

–Claro. Tú no puedes comprenderlo pero es una hermosa manera de acabar. Si alguna vez hiciera algo que mereciera ese fin, lo aceptaría.

–¿Mejor que la remodelación?

Ella lo pensó un momento.

–Para alguien que no tiene demasiado entusiasmo por seguir viviendo, como yo, el sacrificio es lo mejor. Mejor que morir con el cuello cortado por un *killer-fan* en una cueva de ilegales, en cualquier caso.

–Podrías haberlo denunciado.

–Eso no va conmigo.

Callaron de nuevo durante unos minutos. Shere miraba la arena que se deslizaba entre sus dedos y pensaba en Nikki, en el nuevo junior que vendría a sustituirlo, en alguien que la sustituiría a ella alguna vez. Nel, con la barbilla apoyada en las rodillas miraba el mar, de un azul liso y helado, inexpresivo, tratando de no pensar en nada, de no sentir, de olvidar todas las asociaciones que la conversación con un piloto traía a su mente. Cerró los ojos un segundo y luego los abrió de golpe echando la cabeza atrás y miró al cielo tratando de verlo como lo que era, no como el techo de cristal, el límite de una inmensa bola que encerraba su ansia de vuelo, su anhelo de perderse entre las estrellas.

–¿Has visto muchas veces un sacrificio? –preguntó por fin.

–Claro. He acompañado a algunos amigos, incluso.

–No creía que tuvieras amigos ilegales –dijo él con una media sonrisa.

–Nada grave, no creas, pero suficiente. Veneno en la nave, deudas de juego, icus, violencia...

–¿Qué?

–Insubordinación, ya sabes. Insubordinación contra un superior. Violencia desatada. Esas cosas pasan.

–¿Y siempre es sacrificio?

–No siempre. Pero la clase de tipos de que te hablo piensan que la rem es humillante. Que te quita dignidad. Que es mejor mandarlo todo al carajo.

–Así que se suben a su nave y se estrellan contra el primer carguero que pase.

–¡No, animal!

Se giró hacia él con las piernas cruzadas y empezó a contarle con los ojos brillantes mientras sus manos iban cubriendo sus muslos de arena.

–Siempre se espera el momento adecuado. Cuando el enemigo tenga cerca algo que valga la pena destruir. Entonces el piloto recibe el permiso, se despide de sus compañeros, regala sus cosas, deja un mensaje para alguien a veces, elige su nombre de ataque y se acopla a su nave.

–¿Y eso del nombre?

–Se supone que psicológicamente es menos duro para la tripulación oír que a Snake le quedan cuatro segundos para el impacto que saber que Lola, con la que pasaste una maravillosa noche de borrachera en Mundo Arenas, tiene cuatro segundos de vida.

–¿Y tú?

–¿Yo qué?

–¿Qué elegirías?

–No sé. Jaguar, pantera, algo así. Siempre me han gustado los grandes felinos. ¿Quieres que te siga explicando?. Si estás harto lo dices.

–No, sigue, sigue.

Era hermoso verla así, viva, sonriente, hablando de algo que la hacía sentirse parte del Universo. No tenía importancia que él lo supiera, que él recordara, que él hubiera sufrido. En un amanecer junto al mar, con aquel piloto de piel dulce, nada tenía mucha importancia. Hasta el sacrificio preparado por la Flota no pasaba de ser uno más entre los millones de pequeños trámites burocráticos sin importancia.

–Bueno, pues sigo. La nave, el delta, ya ha recibido todo el *briefing* sobre el punto y momento de impacto ideales y ha sido cargada con la Fuerza Tau. Eso no te lo puedo explicar, yo tampoco lo entiendo, pero es algo que en el lugar adecuado le arranca las tripas a cualquier nave insignia de los sighs.

Nel sonrió a su pesar.

–Entonces el sacrificado elige a sus mejores amigos para formar la escuadrilla que cubrirá a su nave del fuego enemigo hasta que llegue al punto desde donde debe seguir solo. Ser capitán de la escuadrilla de sacrificio es un gran honor para cualquiera.

–Un honor suicida, como todos en la Flota.

Shere asintió muy seria.

–Sí, lo es. Hay que tener cojones para eso. Pero es lo mínimo que debes a alguien que te elige a tí y que se va a sacrificar por todos.

–¿Y suelen sobrevivir?

–Más veces de las que uno cree. Los sighs no son tan buenos y además van directamente al centro de la escuadrilla porque a quien tienen que joder es a la nave de sacrificio. Mira, la figura suele ser un cuadrado de punta o un huso –dibujó con el dedo en la arena – así. La nave que hay que proteger es la del centro, ¿ves?

–Oyéndote hablar, cualquiera diría que te gusta.

–Es que me gusta –dijo ella mirándolo a los ojos–. Es mi vida.

Él se levantó de un salto; no podía soportar más la naturalidad con la que ella hablaba de lo que para él era la más absoluta negación de la libertad individual, precisamente lo que le había llevado a convertirse en ilegal. Por supuesto uno tenía elección, tres caminos que llevaban al mismo sitio y que la Flota había planeado cuidadosamente creando pilotos lo suficientemente estables para poder confiar en ellos y lo suficientemente inestables para estar siempre abastecida de suicidas. Una familiar sensación de asco y de impotencia le revolvió el estómago.

–Muchas gracias por las explicaciones pero me estoy quedando tieso. Un ilegal no necesita saber sacrificarse por nadie. Su vida misma es un sacrificio constante. A mí me interesa más sobrevivir.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse y, una vez de pie, mantuvo un momento la presión, conscientemente, explorando. Shere se soltó sin brusquedad y le pasó las yemas de los dedos suavemente por la mejilla herida.

–Vamos a que te arreglen. Te pago también la cama y el desayuno. Me has salvado la noche, ilegal.

Ya instalados en el monorail se dieron cuenta de que el sol entraba, quemando ya, por las grandes ventanas.

–¡No te jode! –exclamó Shere, divertida–. Una hora esperando que salga el sol y ni nos hemos enterado de cuando ha salido.

–Así podría resumirse la historia de mi vida –murmuró Nel con la cabeza apoyada en el transparente–. Exactamente así.

Shere lo miró sin comprender. Nel cerró los ojos para no encontrarse con su mirada y para retener la absurda humedad que se empecinaba en agolparse detrás de sus párpados.

Un par de horas más tarde, Nel, con cuatro cicatrices lívidas que se iban borrando lentamente, caminaba cansado hacia su cuarto. Aún tenía un trabajo que hacer pero había tiempo de sobra. Shere dormiría toda la tarde para estar en forma cuando llegase Ilain.

Recordó con amargura, saboreándola, la escena en el Complejo de Reposo cuando, desayunando, ella había levantado los ojos del cuenco y le había dicho lo que quería. Recordaba las palabras con toda claridad, una por una:

–Oye, Nel, tú que tienes tantos contactos, ¿no conocerás por casualidad a un tipo que se llama Ilain? Alto, rubio, ojos azul grisáceo. Ayer estaba en el Paradiso.

Él, con un trozo de pescado a medio tragar y fingiendo una calma que no sentía, preguntó:

–¿Ilain? ¿El androide? ¿Qué pasa? *You want him?*

Ella asintió, excitada, con una sonrisa que se extendía lentamente desde sus ojos hasta sus labios.

–No te lées con él, piloto; te traerá problemas.

–¿No está limpio?

Consiguió tragar otro bocado y formular una respuesta:

–No es como los demás.

–Eso ya lo sé.

Nel la miró sorprendido. Shere no se inmutó.

–Te traerá problemas.

–Eso es asunto mío.

–Como quieras.

Luego habían hablado de banalidades, de sus nombres, de sus lugares de origen. Shere era de un planeta tan pequeño y tan primitivo que todavía no tenía control de inmigración. *Sehr erfreulich*. A ella le sorprendió que él fuera de Sol, de la Madre Patria, de esa estrella tan lejana y tan falta de interés que apenas si figuraba entre las líneas de navegación. Le había gustado su nombre: Nel Solano, un nombre tan ilegal, tan falso... se había reído. Pero estaba claro que la risa no era por él; era por su promesa de traerle a Ilain aquella tarde. A las siete. Se reía de pura excitación.

–*It's a deal?*

–*Sure.*

Y ahora él tenía que buscar a Ilain y pasarle el trato, 500 unis para cada uno; las suyas clandestinas, claro. Si era posible, esa misma noche desaparecería de allí. Aceptaría lo que le habían propuesto. Al parecer la nave era una chatarra y además peligrosa, difícil de contentar, pero no había más opciones. O eso o quedarse allí pensando en Shere, deseando y temiendo encontrársela en cualquier esquina, abrazada a Ilain. No. Era mejor correr el riesgo del salto con una nave loca. ¡Largo! ¡Fuera! A correr el espacio. A jugarse la piel. Como siempre. No por ella, no por nadie. Por sí mismo, quizá. La vida es dura, macho, y a nadie le importa dónde estés o qué pueda ser de tí.

No más jodido que siempre, pero algo más triste, Nel solicitó una llamada de persona a persona en el bar de un amigo legal. Ilain conocía el *cover-up*. Dejó la pantalla apagada, luego lo pensó mejor y la conectó. No tenía por qué explicarle a Ilain lo de las cicatrices y él no se fiaría si no estuviera seguro de que hablaba con Nel. Tardó bastante en contestar; por fin apareció en el monitor, mojado y grisáceo.

–*Salve.*

–*Salve, viejo.*

–Muy oportuno, tío.

–¿Por qué? ¿He interrumpido algo?

–Sólo un rato de conmiseración.

–¿Te fue mal la noche?

–Lo esperable. La tía es una loba. ¿Has oído hablar de la vagina dentada? Pues algo así, pero peor. Mejor lo dejamos. Por lo que veo tú también has tenido un encuentro peligroso. ¿Piloto?

–Menos divertido. Un tipo al que no le gusta mi cara. ¡Oye! Me largo, Ilain.

–¿Adónde?

–Ni lo sé ni me importa. Fuera –indicó con el pulgar hacia el techo–. A jugarme las pelotas. Ayer me habló un tipo que quiere llevar una carga a Tau. Necesita un navegante, uno bueno, ilegal; parece que la nave es un poco difícil y la carga quema, no sé más.

Nel lamentó no haber cogido nada de beber, ahora venía lo más difícil. Cambió su peso al otro pie y se frotó los ojos y la nariz con el dorso de la mano.

–Si me esperas media hora me tomo un par de *pushers* y nos vamos de despedida. Según la loba de anoche el agotamiento es sólo cosa mental.

–No, viejo, no tengo tiempo. Si tengo que subir esta noche, tengo que estar fresco, no me puedo acoplar a mi chica de acero en este estado.

–Por lo menos para esa chica no te tienes que afeitar.

–Mira, sí, es una ventaja. Esto, Ilain, antes de que se me pase. Te he arreglado un trato para hoy a las siete. Uno bueno.

–Lo siento, viejo, no estoy libre.

–Venga, gilipollas, no me salgas con esas. 500 unis y una nena super, ¿qué más quieres? ¿No irás a ver otra vez a la loba?

–No, coño, no sobreviviría –empezó a reírse a carcajadas hasta que contagió a Nel–. No, en serio. Tengo que buscar a una mujer que vi ayer en el Paradiso. No puedo dejar de hacerlo. Me atrae como una hoguera. No sé si lo comprendes. La conocí ayer dos minutos después de hacer cerrado el trato con la loba. Tengo que encontrarla.

–Lo comprendo, Ilain –hizo una pausa–. Es una hoguera. Te quemará.

–¿Intuición? –su rostro se volvió serio.

–Certeza. La conozco. Se llama Shere. Es ella la que te espera a las siete.

–¿Estás seguro? –si hubiera estado a su lado lo hubiera cogido por las solapas del impermeable; así se limitó a inclinarse sobre la mesa hacia la pantalla.

Nel asintió en silencio, con una expresión trágica que Ilain no podía descifrar.

–Alta, delgada, pelo corto, negro, ojos amarillos, sin bioconversiones, aire agresivo, ¿es ella?

Nel afirmó de nuevo con la cabeza, lentamente.

–¿Has estado con ella? –En la voz de Ilain había un ligero reproche, encubierto.

–Sí y no. Toda la noche. No la he tocado. Soy humano, ¿comprendes?

Ilain asintió con los ojos bajos.

–¿Lo sabe?

–No. Soy un ilegal, no un cerdo. Y soy tu amigo. Nos vemos. Tengo que descansar, si puedo. ¿Sabes de alguien que regale somníferos?

–Yo tengo, espera.

Ilain se alejó un momento del monitor y volvió con un par de píldoras.

–Te las mando.

Abrió una trampilla, las metió dentro, marcó un código y volvió a cerrar.

–Nel, viejo, *you want her too?*

Nel levantó la vista, se frotó los ojos enrojecidos y sacó las píldoras de su trampilla.

–*Forget it, man!* Hace tres días que no duermo. Ya nos veremos si vuelvo. –Mostró hacia la pantalla la mano con las píldoras– gracias, compañero. ¡Suerte!

Ya en la puerta de la cabina se volvió hacia Ilain que aún no había cortado la comunicación:

–Trátala bien, viejo, y dile de mi parte ... nada, mejor no le digas nada. *¡Ciao!*

Ilain lo vio alejarse con su paso cansado, los hombros encogidos; se pasó las manos por el pelo húmedo y echó la cabeza hacia atrás. No iba a poder dormir en toda la tarde, eso estaba claro. Quizá había ganado a Shere, pero acababa de perder a Nel.

Se retiró de la pantalla y se metió bajo el chorro del aire caliente con una sensación de agonía en la garganta. Diez horas por delante. Diez horas y estaría con ella. Y entonces ¿qué? ¿Otra vez el ritual de siempre, como si no pasara nada, como si ella no fuera diferente de las demás? ¿Y por qué tenía que ser diferente? Él no la había visto más de diez minutos en un lugar atestado de gente, no era posible que se hubiera enamorado de ella aunque de verdad fuera la mujer de su vida. “De tu muerte”, se corrigió con una sonrisa torcida. “Si de verdad es la mujer de tu vida, la que has estado imaginando desde siempre, te traerá problemas. Tendrás que morir por ella. Por su culpa. ¡Y qué más da! Como androide no te quedan más que tres años, ¿qué son tres años, si los vale?”

El aire caliente empezaba a quemarle sobre la piel seca, así que salió y trató de relajarse sobre el colchón ingrátido inhalando lentamente. Y Nel se iba. Eso no era tan raro en él. Se iba a veces y siempre volvía. El resto del Universo tampoco era un paraíso y en muchos lugares los controles eran aún más estrictos. Ahí por lo menos tenía contactos, gente que le debía favores, amigos como él.

Amistad. ¿Qué era la amistad después de todo? ¿Solidaridad entre ilegales? ¿Favor por favor? ¿Conmiseración compartida? ¿Tener a quién contarle tus miserias y que te escuche, aunque no te comprenda, aunque no te perdone? Nel había hecho mucho más que todo eso. Ni siquiera le había importado. La noche de su revelación trascendental, cuando esperaba una risotada, un

puñetazo, un insulto, una denuncia, cualquier cosa que consiguiera sacarlo de aquella calma putrefacta en la que se iba hundiendo su vida, Nel lo había mirado con sus ojos fríos y había seguido bebiendo de su vaso, sin pestañear hasta que él le había preguntado:

–¿Lo sabías ya?

Nel negó con la cabeza, lentamente, una chispa de burla, casi de orgullo asomando en sus ojos de piedra.

–¿Lo adivinabas?

Otra negación, sin palabras.

–¿Y no dices nada?

Nel se había levantado despacio, apurando el vaso.

–Digo que la ginebra de este local es una mierda y que nos vamos a otro sitio, viejo.

Y, como de pasada, añadió:

–Y que cada uno es muy libre de elegir la forma en que quiere que le revienten las pelotas. Es lo menos. A los otros hijos de puta se las revientan igual, pero no eligen.

Le pasó el brazo por los hombros y salieron del local. Desde entonces habían sido amigos. Nel era el único amigo que había tenido y ahora se iba lejos, tal vez para siempre y sin que él nunca le hubiera dado nada. Nel nunca parecía necesitar nada. Su ilusión era una nave propia para dedicarse al contrabando en pequeña escala por la zona de Mann. Por allí la vida era más libre, decía, y no hacían falta cifras ni identificaciones para ser un hombre. Por eso Nel nunca le había pedido nada. Él no podía darle a su chica de acero y Nel lo sabía. Le había dado compañía muchas veces, algún dinero, alguna tableta, poca cosa. Menos de lo que él querría haberle dado, pero ya era tarde; tal vez para Nel hubiera sido bastante. Y ahora le había parecido ver en él algo que no había visto antes. Un deseo. Una necesidad. Shere, quizá, y él tampoco podía dársela. Nel era bastante hombre para tratar de conseguir la mujer que quería por encima de todas las convenciones. Si él no había podido... Pero Nel era humano. Shere también. Al parecer por eso. Ella nunca aceptaría.

Shere no lo sabría nunca. No debía saberlo. ¿Para qué si no volverían a verse? *No future. Niente da fare.*

Ahora necesitaba más que nunca una copa con Nel, o dos, o una buena borrachera y al carajo con Shere y todas las mujeres del Universo, toda esa raza de monstruos que te beben el alma y te dejan vacío, seco, tirado como una ropa usada que nadie se molestó en incinerar. Les das lo que tienes y no es bastante, les das lo que nunca has dado a tu mejor amigo y no es bastante. Les das tus sueños, tu ternura, tu dolor, tus fracasos, tus proyectos, tu miedo, tu piel, tu semen, tu sangre y no es bastante. Siempre quieren algo más, o quieren otra cosa. Tus recuerdos, tus amores, tus pensamientos de locura y de muerte, tu vida. Y eso obtienen al final, tu vida y la cáscara vacía de tu

cuerpo donde no queda nada. La muerte como premio. La muerte sin dolor porque somos seres civilizados. Tanto que un hombre y una mujer no pueden amarse sin morir por ello. Para eso hay androides. *Alles unter Kontrolle*. Y hay hombres despreciables, ilegales encubiertos que se fingen androides para ganarse la muerte poco a poco, lentamente, en cada cuerpo de mujer. Cada uno escoge su manera de morir, los afortunados, por lo menos. Nel se acopla a su chica de acero y cada vez sabe que puede ser la última. Shere mata enemigos de la Federación y mata androides con su desprecio, con su superioridad, con esa mirada en sus ojos, esa mirada de piloto galáctico que te dice: “Mírame, gusano. Yo soy humana. Tú eres un androide, un objeto de uso, un semi-ser. Dentro de unos años yo seguir, montando androides y tú estarás muerto. Ni siquiera muerto. *Out of service*. Desmantelado y reconstruido, con otros ojos, con otra piel, otra consciencia. Otro androide con diez años de vida por delante al servicio de la Flota Galáctica.”

¿Y tú, piloto? Si tienes suerte, serás remodelada como yo, como un androide. Los mismos ojos, la misma piel, nueva consciencia. Como un androide al servicio de la Federación Galáctica hasta que te ordenen sacrificarte por cualquier gilipollez que conste en las ordenanzas. Y si no tienes suerte, cualquier hijo de puta no-humano te atomizará. Y ya ni siquiera volverás a ser.

Pero no lo dices. Jadeas frente a su mirada y, dentro de ella, cierras los ojos de placer y de miedo. De odio, de pena, de rabia. Para que no los vea, para que no adivine lo que sientes cuando besa tu piel sabiendo que es sintética y que volverá al tanque en donde fue creada. ¿Somos tan diferentes?, te preguntas, ¿está la libertad en aceptar libremente el compromiso que te atará para siempre y te convertirá en una máquina? ¿Dónde está la libertad de un androide? ¿Dónde está la libertad de un humano?

Aprietas los puños, cierras los ojos y te dejas caer al vacío interior que se abre en tu cabeza como un descenso entre los mundos. Oscuro, frío, salpicado de puntos de luz que corren a tu encuentro como una estrella herida y marcan líneas de luz verde y muerta a tus espaldas. El estómago se te encoge como un gato y sabes que has vuelto al fondo. Al fondo de tí mismo. Al final de todo donde ya no habrá principio. A la destrucción total. Y sonríes.

El Paradiso estaba lleno a rebosar esa noche, como todas las noches. Siempre es noche grande en el Paradiso. Noche de encuentros y ginebra. Noche de tratos y de piel. Noche loca de soledad y música sintética. Ojos que buscan hambrientos, miradas que se cruzan, labios humedecidos por lenguas ávidas, manos que aletean entre volutas de humo marcando signos que nadie sabe descifrar, píldoras de colores, *sparkling paintings*, maquillaje intenso sobre caras ansiosas, sobre cuerpos

aceitados, sobre cabellos teñidos, *flashing* sobre cuernos, alas, membranas, bolsas traslúcidas, colmillos de fantasía, crestas multicolores de los *Bio-Make-Ups*. Calor y deseo. Olores fuertes, mezclados, perfumes de media galaxia, venenos para inhalar, para morder, para frotar. Calor y contacto. El Paradiso. Sabor a todos los licores de todos los mundos en todas las bocas. Risas, charlas, gemidos, susurros, peleas. El Paradiso. Donde todos los pilotos buscan su pareja de una sola noche. La felicidad en un cuerpo sintético a precios moderados para los valientes muchachos y muchachas que ofrecen su vida por la Federación. Alegremente además, *no kidding*.

Hay mariposas en la sangre de Shere. Como en las clases de Naturaleza Pregaláctica Humana, la babosa se ha transformado, ha salido del capullo y ha alimentado el billón de burbujas que flotan en su sangre. Esperando. Ya va por el tercer vaso de algo que quema la boca, enfría el estómago y acelera el pulso. Sabe que debe mantenerse sobria pero, de alguna manera, no le importa ahora. Ilain está al llegar. Su contador *–inbuilt*, regalo de la Flota– le dice que son las siete menos tres minutos, tiempo local. Pasea la mirada sin interés por la amalgama de seres. Ninguno es él, lo demás no le importa. Un androide se acerca a la barra, la mira con una invitación y una pregunta en los ojos verdes. Ella pasea la vista por su cuerpo, despacio, con experiencia. Tiene las caderas justas, estrechas, lentas, peligrosas, perfectas. Siente un calor entre las piernas y una humedad naciente. Dice que no con la cabeza, sonriendo, negándose a ceder.

–Some other time, hon.

–Sure –la sonrisa del androide, falsa, vacía, borra su deseo y se alegra.

Baja la vista un momento hacia su vaso y las caderas se pierden entre la gente, como devoradas. Se alisa la falda con cierta torpeza. La seda azul corta sus piernas morenas como el agua de una piscina; el collar de perlas se enreda con la cinta de la bolsa y tintinea cuando se inclina a asegurar la hebilla de su sandalia de piel. De improviso se siente estúpida y ridícula vestida de mujer antigua por un capricho; quisiera estar desnuda otra vez, o en traje de vuelo, cualquier cosa menos el absurdo disfraz que ha elegido: un trapo recto, ceñido, que le cubre los hombros y marca el pecho y las nalgas al caminar. Alguien le ha dicho que resulta sexy pero cualquiera sabe. ¿Cómo va a saber ella lo que le gusta a Ilain? Su maquillaje es también sencillo y anticuado: fuerte rouge en las mejillas, azul intenso en los ojos delineados de negro, largas pestañas, labios rojo escarlata que deben de haber ya perdido el color con el roce continuo de sus dientes. Se muerde los labios casi constantemente. Esperando.

Ilain ha aparecido en la puerta del Paradiso y, de repente, todo en ella se detiene, menos sus ojos que lo siguen, que lo buscan, que lo acercan. Suspira aliviada. Él también lleva un disfraz antiguo. Se ha afeitado, va vestido. Con una especie de chaqueta gris y pantalones largos, estrechos, de tela áspera negroazulada.

Sus miradas se encuentran y ella siente que algo se disuelve en su interior. El pulpo, la espera, las mariposas.

–*Salve* –su voz es ronca, casi un susurro.

–*Salve* –su propia voz tiembla y se hace grave, lejana. Hay mucho que decir y, a la vez, no hay nada. Están sus ojos, su cuerpo que la atrae como una llama y la quema y le hace daño. Se vuelve hacia la barra para romper la tensión.

–¿Bebes?

–Lo que tú.

Dos vasos y unos centímetros entre ellos y la infinita distancia de uno a otro ser. Sus manos tiemblan apenas.

–Me alegra que hayas venido.

–Tenía que venir.

Cruza por su mente la respuesta fácil: –500 unis, un buen trato, ¿no? –pero se calla, siente que no es eso. No vale esa salida. Tiembla de excitación y nota que él también aprieta fuerte su vaso. ¿Por qué éste sí y no los otros? ¿Qué tiene éste que la deja impotente, clavada como la aceleración de su delta?

–Estás preciosa.

Shere tensa los labios y baja la cabeza, incómoda y feliz.

–Me gustan los disfraces.

–A mí no me parece un disfraz; yo te veo así.

Los dos callan y se aferran a su vaso esperando que sea el otro el primero en romper la distancia, una mano en el hombro, un roce de los dedos, un encuentro casual de sus rodillas. Shere se siente abrumada y ridícula. Una mujer de su edad, con su experiencia, temblorosa como una junior pensando en el tacto de su piel. ¿Cómo será tenerlo dentro? Caliente, firme, suave, poderoso. Su mirada se disuelve en las sombras que bailan al otro lado de la barra y, prendida en la voz de polvo y telarañas que marca un ritmo lento, se olvida un instante de sí misma, de su deseo, de dónde está y se pierde en fantasías que nadie será capaz de cumplir.

Ilain la mira así, distante, olvidada de todo y siente que su cuerpo se tensa como un arco. ¿Cómo será abrazarla, estar dentro de ella, sentirla pequeña, vulnerable por un momento antes de anularse en un quejido? Será quizá profundo y mareante como la infinita caída en el vacío de la que habla Nel, el descenso al agujero helado prendido a tu muchacha de acero que te arrastra y te sostiene, que te salva y te pierde, que es parte de tí mientras dura el acople, como una mujer.

La mano de Ilain planea unos segundos, indecisa, y acaricia lentamente la nuca de Shere, apenas un temblor, una mariposa cálida. Ella responde con un escalofrío y su mirada se vuelve

íntima en unos ojos que se agrandan y destellan al encontrarse con los de él. Sus labios se tocan un instante, húmedos, y, en ese momento, la voz de Lol, profunda y sonora, desencadena en Ilain una ola de furia y un deseo de matar desconocido.

–¿Qué hay, chicos? ¿Aún en los preliminares?

Su mano ruda en el hombro de Shere.

–Ándate con ojo, compañera, el tipo es insaciable. Aún no me he recuperado de lo de anoche –una risotada–. Ilain, cariño, date una vuelta por ahí, quiero hablar con Shere.

–Ilain se queda –la voz es fuerte, decidida, hiriente.

–Como quieras, vieja –sorpresa– sólo quería decirte que es la iniciación de Maeloc y me ha pedido que te busque. Quiere que estés ahí.

–¿Maeloc?

–El alero de la Rojo–Lobo–Punta, el que tiene pinta de trovador medieval. Se estrena hoy y quiere tenerte ahí. ¿Vienes?

–Pero, ¿por qué yo?

–Cualquiera sabe. A lo mejor le gustas –otra risa obscena–. Yo he cumplido. La cosa es arriba. Sala 23. Puedes traerte a éste si no te fías de que te deje plantada. Ya sabes que estos androides tienen la virtud de desaparecer cuando una los necesita. ¡Hijos de puta! –la sonrisa es simpática, sin mala intención–. Me largo, ya sabes, sala 23.

Lol se pierde entre la gente, abriéndose camino a golpes de hombro; su paso es recio y firme pero grácil de algún modo. De piedra que se desliza. De nave insignia que rueda hacia el hangar.

–*Blöde Kuh!*

–Tiene dotes de mando. Llegará a *skipper*, ya lo verás. La brutalidad necesaria y esa jodida seguridad en sí misma. Y es buen piloto –Shere acaricia la mejilla de Ilain–. No te ofendas, cielo. Ella es así con todo el mundo. Ayer mismo yo también la hubiera matado.

–Ah! ¿Sí? ¿Por qué?

Se ha dado cuenta un segundo demasiado tarde de lo que ha dicho. Y ahora hay una pregunta.

–Cosas nuestras.

Él calla y finge darse por satisfecho. Shere se siente de pronto despreciablemente cobarde. Hay una pausa.

–Por tí. Ayer hubiera dado todo lo que tengo y lo que soy por estar contigo. Y porque no estuvieras con Lol.

–¿Y hoy?

Ella sonrío, más tranquila. Se estrechan la mano.

–También.

–Pero ayer noche estuviste con Nel –su voz es casi un susurro mientras sus bocas se buscan.

–Sí, me salvó la noche. Pero el muy bastardo se ha llevado mis gafas. Me las dejé en el bolsillo de su abrigo.

–Su famoso impermeable azul. No te preocupes, eso quiere decir que lo volverás a ver.

–Ah! ¿Sí?

–Siempre que pierdes algo estando con alguien que te gusta, vuelves a ver a esa persona, antes o después, y te enamoras de ella; eso se dice.

–No lo había oído nunca, pero sí me gustaría volverlo a ver; es un tipo raro pero tiene clase. Lo respeto. Mañana vamos a buscarlo y lo invitamos a un trago.

–No podrá ser. Se ha ido.

–¿Adónde? Es ilegal.

–Arriba. Creo que hacia Tau. No sé si habrá salido ya. Puede que aún se esté acoplando a su chica de acero.

–¿Nel es piloto?

–Navegante. El mejor. Su empatía con las naves es superior a la máxima. Sé que fue test-navegante pero ahora es ilegal.

–¿Por qué? ¿Qué hizo?

–No sé. Nunca me lo dijo ni quise preguntarlo.

La mirada de Shere flota en las burbujas de su vaso.... Nel–navegante–piloto–ilegal... humano.

–Bueno, ¿qué? ¿vamos a verlo?

Levanta la mirada, sorprendida:

–¿A Nel?

–A Maeloc.

–*Guess so.*

Maeloc brillaba en la penumbra bajo un reflector anaranjado mostrando su cuerpo a los compañeros, un cuerpo fuerte y elástico, muy joven, con los músculos apenas delineados, un cuerpo de piloto, no de atleta, de humano entrenado desde su nacimiento para las violentas aceleraciones, las reacciones instantáneas, la supervivencia en combate con cualquier arma; una anguila cruzada de gato o de tigre.

Se habían perdido la primera parte de la iniciación, la parte en que el piloto se presenta, se describe y hace su desafío ritual.

–No nos hemos perdido mucho –susurró Shere al oído de Ilain–. Todos decimos el mismo *blödsinn*.

Él asintió. No era su primer rito de iniciación de pilotos y no le atraía mucho la idea de soportarlo; siempre era igual excepto cuando participabas. Puso la mano en la cintura de Shere y la atrajo hacia sí esperando tener la suficiente paciencia como para aguantarlo hasta el final o hasta que ella quisiera quedarse. Sabía la importancia que tenía para un piloto el estar rodeado de sus amigos o de la gente por la que, a pesar de toda su jodida humanidad o precisamente por eso, se sentía irremisiblemente atraída, como había insinuado obscenamente Lol.

Ahora Maeloc tenía que elegir su pareja de lucha, otro humano con el que demostrar lo bueno que era en combate. Como si no lo supieran todos ya. Menos él, y a él no le importaba. Los pilotos creían que lo único que cuenta es saber luchar, –tener cojones–; para eso han nacido, claro. Igual que para los androides el único criterio es tener los reflejos necesarios para adaptarse instantáneamente a los deseos de su compañero de cama, hombre o mujer. Cada uno tiene su lugar en la vida, para eso ha sido engendrado, fabricado, construido, entrenado.

Maeloc paseaba la vista por la penumbra, lentamente, con una media sonrisa que sus compañeros devolvían por turnos, animándolo a decidirse. Sus ojos se posaron en Shere y le hizo una inclinación de cabeza que nadie entendió; después siguió quieto en su lugar, esperando.

–¿Has elegido, Maeloc? –gritó una voz–. *Speak up, man!*

La voz de Maeloc sonó clara y desafiante:

–¡Shere!

Por un instante todos los ojos quedaron fijos en ella; luego empezaron las discusiones.

–¿Estás loco, tío?

–Es una mujer.

–No puedes elegir a Shere como pareja de lucha.

–*Unfair*. Búscate a otro.

–Si empiezas así, acabarás remodelado.

Sin dejar de sonreír, Maeloc contestó:

–La única regla es que sea un piloto senior de mi nave. Shere la cumple.

–Pero eso nunca se ha hecho, no está prevista la lucha contra un piloto de distinto sexo.

–Nadie pregunta a los sighs si son machos o hembras en un combate.

–Pero los sighs no son humanos.

–¿Tú qué dices, Shere?

Sin poder controlar todavía su perplejidad, Shere contestó:

–Lo que se decida. –Frotó su cadera ligeramente contra la de Ilain y cambió su peso al otro pie–. Haré lo que queráis. No tengo miedo de luchar contra Maeloc pero no me parece muy reglamentario.

–Turbio, turbio –sentenció Lol–. Eres aún muy joven para buscarte tantos problemas, Maeloc. Sigue así y dentro de un año ya estarás remodelado.

–O muerto –contestó Maeloc sin perder la sonrisa.

Ilain sonrió también. Aquel tipo tenía madera de ilegal. Se preguntó si serían tan sólo fanfarronadas o si él era también de los que elegían la manera de morir. Abrazó por detrás a Shere y le susurró al oído:

–¿Qué vas a hacer?

Shere se encogió de hombros y alzó una mano para acariciar el pelo de Ilain:

–Ahora no tengo ganas de luchar precisamente.

–Yo tampoco –sus dientes se clavaban despacio, calientes, en el cuello de Shere–. Vámonos de aquí.

–Aún no. No puedo irme hasta que se decida. Pensarían que tengo miedo.

–¿Y no lo tienes?

–No. Yo nunca tengo miedo.

Ilain sonrió para sí y la abrazó más fuerte.

–Yo sí –susurró a su oído.

Una voz de borracho gritó:

–Dejadlo ya, maldita sea. ¿A quién le importa ver luchar a Maeloc, o a Shere, *for all that*? Todos estamos hartos de verlos en el gimnasio. Vamos a acabar de una vez. Hay cosas mejores que hacer antes de volver arriba.

Muchas otras voces asintieron más o menos convencidas entre brumas de alcohol y veneno que se iban haciendo más y más espesas.

–Elige a tu androide –gritó Lol de mal humor–. Vamos a terminar. De lo otro ya hablaremos.

Maeloc hizo una inclinación de cabeza, levemente burlona y se giró hacia el grupo de androides, elegidos por sus compañeros, que esperaba su decisión; bellísimos muchachos, fantásticas cuasi-mujeres de todos los tipos raciales, de las más diminutas a las más opulentas, creados para satisfacer cualquier deseo. Naturales, adornados, bioconvertidos, cruzados de animal; dulces, agresivos, pasivos, dominadores, todos de piel sintética, adaptables a todos los deseos del piloto de la Flota.

Maeloc los estudiaba despacio, tomándose el tiempo de calcular, en su inexperiencia, cómo serían y, de vez en vez, su mirada se posaba en Shere un instante apenas, antes de pasar al siguiente androide.

–Si no fuera imposible, diría que ese hijo de puta me está comparando –murmuró con los dientes apretados.

–¿Por qué va a ser imposible? Está claro que le gustas.

–¿Tú también como Nel?

–¿Como Nel?

–A él le parecía muy natural que a un humano le guste otro. No me digas que a tí también.

–Yo en eso no me meto. Me faltan datos. Sólo estaba... *stating a fact*.

–*Facts!*

–Es un hecho que los pilotos tienen la cifra más alta de desviación estadística. Será porque siempre están en peligro o porque les gustan las emociones fuertes o será por otra cosa, pero así es.

Hubiera podido decir mucho más pero calló de improviso. No podía salirse de su papel. No quería. Él no era más que un androide. ¿Por qué tenía que preocuparse por los gustos humanos en materia sexual? Pero la dureza de Shere le contraía el estómago. Esa maldita seguridad sobre lo bueno y lo malo, ese desprecio por todo lo que no podía compartir. Y a la vez, ese deseo de acariciarla, de mimarla, de hacerle el amor no como un androide, sino como un humano, con ternura y con miedo. El miedo infinito de su horror, de su rechazo, de su desamor. Tratando de no pensar, ni siquiera en el futuro inmediato, ocultó la cabeza en el cuello de Shere.

Maeloc se había detenido ante una androide de tipo humano blanco standard, alta, pelo corto, no bioconvertida.

–Si elige a esa androide, nos largamos –siseó–. Se parece demasiado a mí.

–Nadie podría parecerse demasiado a tí, pero no te preocupes, no lo hará. Elegiré a la más diferente.

–¿Tú crees?

–Estoy seguro. Si de verdad te quiere a tí, no querrá un *ersatz*.

Estaba a punto de contestar “*bullshit!*” pero, de repente, se acordó de su androide de la noche anterior. ¿Qué había elegido ella cuando no pudo conseguir a Ilain? Lo opuesto. Lo más diferente. Algo que ni siquiera borracha habría podido comparar. Lógica de piloto. Lógica de hijo de puta desesperado.

Maeloc se detuvo delante de una diminuta androide cruzada de libélula, rozó sus pechos con las manos y le hizo una breve inclinación de cabeza. Ella sonrió y lo acompañó a la zona despejada bajo el reflector. Su piel era azul pulido y sus ojos inmensos y oscuros bajo las dos antenillas

temblorosas. Tenía el pelo largo y lacio, de un negro intenso, y en su espalda nacían dos alas enormes que espejeaban la luz como pedazos de mica.

El posó las manos en sus hombros para hacerla girar, la puso de rodillas y la penetró instantáneamente, con los ojos abiertos, mirando a Shere, siempre mirando a Shere.

Los pilotos brindaron por él, que ya era un senior, mientras Shere se refugiaba en el cuerpo de Ilain, pegado a su espalda, sin poder apartar los ojos de Maeloc que, prendido de su propio ritmo, entraba en la muchacha-libélula sin mirarla, sin ternura, sin cerrar los ojos siquiera un instante hasta el final, la vista clavada en Shere.

Por primera vez en sus vidas se sintieron perdidos en un abrazo, protegidos y liberados al mismo tiempo, sintiendo la paz de la locura que sus manos frotaban en sus cuerpos como un veneno dulce, mareante. El tacto de sus senos sobre el pecho de él, seco y tibio, como una mariposa alucinada que se quema las alas y vuelve, siempre vuelve al fuego que la mata. La humedad de su boca, de su sexo, la viscosa, caliente, pegajosa humedad y su olor de delirio. “Junto a tí nada importa; ni siquiera la vida, ni siquiera la muerte”, la voz en el oído, la mano en la cintura, el miedo a perderse, la agonía, la gloria, el brillo de sus ojos entreabiertos, colores de mil mundos en su piel. Una espada caliente que traspasa, un laser que anestesia, una lanza de agua clavándola al no-ser. Sentirse en el amor como un navegante en la vida intermedia, flotando, muriendo, con todos los sentidos en alerta y el vacío a flor de piel; prendido en una trama iridiscente de estrellas escarchadas que cantan su agonía y se derriten cayendo como polvo incandescente por su espalda, por sus piernas, las caderas eléctricas de amor. Las caderas de Ilain pegándose a las suyas, fundiéndose en la niebla de los ojos cerrados, de los gemidos tibios como flores de luz. El olor a mujer, a deseo, a macho y hembra unidos en la misma tortura dulce y lenta. El dolor del tiempo que se aniquila a mordiscos de sus bocas, en la fricción de sus cuerpos que deja la piel nueva, reluciente, como recién creada, viva de sensaciones, de anhelo y de dolor. La tensión insostenible, fognazo de luz y de colores, estallido de furia, nova desesperada que quema la razón y la aniquila para morir después en la dulce ceniza de las estrellas frías entre chirridos de éxtasis. Supernova y vacío. Corre el tiempo. Todo vuelve al agujero negro, al remolino, y los amantes gimen por haber encontrado lo que una y otra vez volverán a desear. Inútilmente. El mundo se disuelve en un aullido de impotencia y dolor y cae el silencio sobre la soledad de los cuerpos iluminados, fosforescentes de miedo en la penumbra.

Tendido en la cama, junto a ella, Ilain inhalaba el veneno lentamente, mirando al techo que había vuelto a estar relativamente arriba al desconectar la gravedad artificial. Se sentía casi muerto, drogado de locura; sentía aún en sus manos el contacto de la piel de Shere, su humedad, su olor, en sus ojos el vértigo de su mirada, en su mente la certeza de la imposibilidad absoluta de prolongar ese milagro que había surgido repentinamente en su vida. No debías haberte acercado a ella, idiota. Lo sabías. Sabías que te quemaría, sabías que era el final y ahora es tarde. Tendrás que arrastrar tu miserable vida sin ella, sin su cuerpo, sin su voz, sin su risa, buscando la muerte en una vana esperanza de reencuentro. Y ella te olvidará; no serás más que otro androide en un permiso, un nombre quizá en otra noche de alcohol en otro mundo lejano. Y tú estarás aquí, desgastando tu amor en soledad sobre otros cuerpos porque no has nacido en el tiempo adecuado, en el mundo adecuado, porque la vida sólo te dio la posibilidad de conocerla cuando ya era tarde para todo para los dos. En otro lugar, en otro tiempo tal vez hubiera sido posible, ¿por qué aquí no? ¿por qué ahora no? Viviendo como ilegales podría hacerse. También de ese modo, antes o después, llegaría la muerte, pero tendría cierta dignidad mientras que así no, así era absurdo, ridículo, denigrante. Perder a Shere sólo porque era piloto y tenía que volar era dolorosamente ridículo pero, ¿para qué otra cosa servía un piloto de ataque sino para volar, para morir, para matar? ¿Para qué otra cosa invertía la Flota todo su esfuerzo creándolos de los mejores bancos genéticos humanos, educándolos, entrenándolos durante toda su vida para potenciar las características necesarias en un luchador? La Flota no podía permitir que su elemento humano cayera en absurdas relaciones sentimentales, que empezara a considerar el mundo en pareja en una sociedad perfectamente individualizada sin ningún tipo de ataduras personales. En otros mundos, algunos podían elegir entre diferentes formas de convivencia grupal, pero no en la Flota donde la vida no tiene valor, ni en la mayor parte de los mundos federados donde cada ser ha sido creado con una función específica.

Y Shere había nacido para piloto de ataque; una y otra vez sería remodelada para ello en caso de necesidad. Ella, por encima de todo lo demás, por encima de cualquier afecto, de cualquier dolor, era piloto, pertenecía a una escuadrilla, a una punta de flecha, a un subsector, a una nave-madre, a una nave insignia, a la Gloriosa Flota Interestelar de los Mundos Federados y eso era más de lo que él podía ofrecerle. La estabilidad, la seguridad, la sensación de pertenecer a algo, de tener un objetivo concreto en la vida, el vivir por algo y para algo, legal, correcto, moral era todo lo que él no podría nunca darle. O quizá sí, pero dentro de un código restringido, válido para ellos dos y para unos cuantos miles de desesperados más, ilegales, inexistentes. Su amor, caso de existir, caso de que para ella no hubiera sido sólo piel, no sería nunca bastante para compensar todo lo que

perdería. Él no podría nunca llenar su vida sólo con su amor, con sus besos, con su entrega absoluta. Ni podría pedirle nunca que se atara a tierra por él. Creía saber cómo se sentía un piloto sin el espacio exterior. Pero era doloroso, absurdamente doloroso porque él sabía que tenía que ser así. Sabía que sólo tenían horas, días tal vez si ella estaba contenta y luego la nada, el vacío, el agujero sin fondo que no se podría llenar. Otra vez en tinieblas después de haber visto la luz.

Shere tampoco dormía pero estaba tan en paz con el mundo que se negaba incluso a cambiar de posición para no estropear el milagro de felicidad que experimentaba. Nunca antes se había sentido tan serena, tan colmada, tan cerca de otro ser. Estar con Ilain le había dado algo que ni siquiera sabía que existiera: la calma, el deseo de muerte que no viene del hastío, ni de la rabia, ni de la desesperación. El simple deseo de anular la vida para no corromper la perfección del momento. Sentía aún a Ilain dentro de sí, dentro y fuera, en cada milímetro de su piel; su voz, sus ojos, sus manos, su cuerpo. Cada caricia era un recuerdo ardiente, cada palabra un mundo a su medida, cada segundo un momento mágico de un tiempo que pronto perdería. Gimió en silencio. Aquello no era sólo piel. Estaba loca, loca de amor por aquel ser extraño que le había dado un mundo en una noche, un mundo donde podía imaginarse viviendo con él ilegalmente, a pesar de todas las reglas y las normas, a pesar del castigo, a cambio de volver a sentir aquella calma desconocida, aquella ausencia de deseos y odios en lucha dentro de sí. Y, sin embargo, sabía que era imposible. ¿Qué vida le esperaba si se ataba a Ilain? Carecer de existencia oficial, el constante peligro de la remodelación o de la muerte porque el sacrificio es imposible para un desertor, el desarraigo de todo lo que para ella era o había sido importante, perder su nave, no volver a volar. Y todo por los besos de un androide, por sus caricias, por su voz. Era absurdo, absurdo y, en cierta manera, también humillante. Cerró los ojos tratando de dormir, sabiendo que no podría. Demasiadas cosas en su cabeza, demasiados sentimientos para un piloto, demasiados recuerdos de miradas intensas. Ilain, Nel, Maeloc, los ojos de Lol.

Se giró levemente y rozó el hombro de Ilain con los dedos. Frío, tenso, como si hubiera muerto.

—¿Estás bien? —Su voz, poco acostumbrada a la ternura, era ronca y grave.

—No.

—¿Cansado?

—No.

—¿En qué piensas?

—En tí. Y en Nel. No volveré a verlo. Tampoco a él.

—¿Qué te pasa, Ilain?

–No lo sé, Shere. No puedo más. Estoy cansado por dentro. Estoy triste. Tú no puedes comprenderlo. ¿Cómo vas a comprenderlo? Tú eres algo, alguien. Eres piloto, tienes tu sitio en el universo, tienes la capacidad de aceptar y obedecer aunque no sientas así ni puedas entenderlo. ¿Cómo vas a entender lo que me pasa?

–Tú también tienes tu sitio, Ilain. Tú también has sido creado para algo concreto, como todos nosotros. Y eres el mejor. Lo sabes. Yo nunca me había sentido así con nadie. Eres tan diferente, tan maravilloso que me das miedo.

–¿Yo a tí? –Había incredulidad y una burla casi cruel sepultada en sus ojos. Dejó el inhalador y la abrazó fuerte, rodeando con un brazo su cintura y dejándose caer sobre ella como si quisiera fundirse con su cuerpo.

–No quiero hablar más por ahora, Shere. Sólo quiero sentirte mía mientras pueda. *Let go, sweetheart.*

Ella se relajó lentamente, perpleja aún por la intensidad de sus sentimientos, y se abandonó en silencio a sus caricias, negándose a pensar.

–Soy tuya –le susurró—. Sabes que ahora soy tuya.

–Te quiero, Shere.

Después de complicados trámites, largas conversaciones y sutiles sobornos, Nel se hallaba por fin a solas con su chica de acero. No era el último modelo, no estaba en perfectas condiciones, su equilibrio mental era probablemente caótico, pero era suya, al menos por el momento. Al cabo de un tiempo que le parecía casi infinito iba a volver a volar y la sensación de inminencia lo ahogaba. Esperó unos segundos en completa inmovilidad en el centro del cubículo controlando los indicadores con sus cinco sentidos normales y con los otros tres especiales que sólo poseen navegantes y pilotos; era consciente de que también la nave estaba haciendo una primera apreciación de él.

–Me llamo Nel. Soy ilegal –dijo por fin con su voz rota.

–Si eres buen piloto, eso basta. Yo no tengo una moral humana. Deberías saberlo.

–Lo sé. Pero me gusta empezar con las cosas claras.

–De acuerdo. Llámame Lea. ¿O.K.?

–¿Podrías hablar un poco más bajo y más lento?

–Claro –dijo Lea con su nueva voz.

–¿Quieres conocerme?

–Acomódate cuando estés listo.

Nel empezó a desnudarse lentamente, tirando las prendas a un rincón.

–Tienes un incinerador a tu izquierda. Soy un modelo antiguo pero no tanto.

–Una de mis absurdas manías es tenerle amor a mis cosas. Soy horrendamente posesivo, ya te darás cuenta.

–Y cuando tu ropa se pone inservible ¿qué haces?

–La lavo.

–¿La lavas? ¿Con agua?

–La ginebra es demasiado cara y sería un desperdicio.

–Termina de una vez, estoy deseando conocerte. Eres el tipo más raro que he tenido dentro.

Riéndose todavía de la obscenidad del chiste, Nel terminó de desnudarse y se tumbó en el atalaje que había en el centro del cubículo. Inmediatamente empezó a sentir en toda la piel el contacto pegajoso de los sensores como una multitud de animalillos que le chuparan en un vago temblor erótico; luego el frío de los puntos de anestesia, las agujas que renovarían su sangre mientras durara el viaje, las sondas nasales, la masa viscosa que sellaba los ojos, el spray que conservaba la piel, el ajuste de oídos y orificios de evacuación, la suave entrada del líquido que cubriría su cuerpo por completo, el cierre de la tapa del tanque, la oscuridad total, el lento mareo de la conversión, el silencio de la vida intermedia. Después, como en un vértigo suave, el primer contacto con la mente de la nave, todos los sentidos en desorden, las palabras que se huelen, el escalofrío de color, los gritos en imágenes, las imágenes que se saborean.

Una petición:

–Déjame entrar ya hasta el fondo.

–¿Es necesario?

–Sí.

–Procede. Abajo las barreras. Conóceme, chica.

–Estás tenso.

–Sí. No me digas que no sabes por qué.

–Lo sé. ¿Quieres que te ayude?

–No puedes ayudarme.

–Fisiológicamente sí. Puedo relajarte.

–Soy tuyo, nena. Haz lo que quieras.

Mentalmente cerró los ojos, relajó los músculos y se abandonó a la maravillosa sensación de anularse poco a poco. La nave, como una mujer, exploraba su cuerpo despacio dejando una sensación de frescor y de calma por donde pasaba. Pensó fugazmente en Shere, en Ilain, los

imaginó juntos y se esforzó por borrar el pensamiento para concentrarse sólo en el instante, en el tacto de la nave, en el acoplamiento que pronto empezaría, un acople más perfecto y más completo que el de Ilain y Shere, que el de cualquier otro par de seres en el universo porque, cuando terminaba los dos eran uno, un sólo ser, doble, plural, más amplio que la suma de sus componentes y que empezaba precisamente donde se cerraba la maniobra de acople, precisamente donde los humanos y los androides tenían que separarse y volver a ser uno, encerrados en los límites de su cuerpo y de su mente, en la imposibilidad de formar una sola criatura con el otro ser.

Sintió una oleada de calor y de placer por todo su cuerpo inexistente; Lea lo estaba excitando, iba a llevarlo a la calma a través del delirio. Gimió débilmente sin sonido.

–¿Quieres impresiones sensoriales?

Sin ser siquiera consciente de su respuesta empezó a recibir un torrente de impulsos: la luz amarilla del amanecer en el pelo de Shere, la piel de sus muslos moteada de arena, el olor dulzón del veneno que inhalaba Ilain, los pechos de Nami rozando su espalda tanto tiempo atrás, el sabor amargo del chai de Fedora en el límite de la Galaxia, sus lagos de negrura burbujeante y cristalina, el brillo de cien mil estrellas en sus ojos y la suavidad cremosa y caliente, pegajosa, fundiendo su vientre al de una mujer sin nombre que jadeaba sobre él en la noche violeta de Tertra, el deseo sin fin, el cuerpo tenso y húmedo, los ojos de Shere agrandándose sobre un panorama relampagueante de concreciones azules de energía pura oliendo a nafta y a violetas como en el salto, la crepitación subjetiva de las estrellas dobles, el sonido más erótico del universo que empezaba con un bajo profundo punteado de estallidos de fluorescencia malva y subía en progresión intolerable hasta un agudo gimiente que rasgaba los nervios y dejaba un sendero de plata en las venas, un ahogo en el pecho y una voluntad ciega de aniquilarse, de derramarse en la nada hasta la última gota de vida.

–Me matas, me matas –gritó sin palabras en un estremecimiento de locura.

Lea mantuvo el orgasmo unos segundos más, bajando; una vibración que se iba haciendo juguetona deslizándose por sus centros nerviosos hasta hacerse imperceptible. Y luego la calma, el abandono, el no-ser.

–Te quiero, Lea –susurró en una oleada de amor y agradecimiento–. Hacía tiempo que nadie me comprendía así.

–Soy una buena nave, te lo dije. Y me gustas.

–No me lo habías dicho, pero es igual, tú también me gustas. ¿Me dejas hacer algo por tí?

Lea sonrió con una crepitación que olía a naranjas:

–Más tarde. Arriba. Cuando estemos fuera. Tú y yo vamos a hacer un gran viaje.

–¿Hace tiempo que no vuelas?

–Acabo de volver pero mi piloto era un imbécil; tenía tanta empatía como un funcionario estatal.

–¿Y qué fue de él?

–Lo quemé. Discretamente, claro. Fallo cardíaco irreparable. Ya me encargué yo de que fuera irreparable.

–¿Una muerte bonita?

–No. No se lo merecía. Lo quemé con su horror, con sus propios fantasmas. Lo fundí.

–¿Trató de hacerse contigo?

–Quiso destruir la dualidad, pero era un idiota. No pudo. Por eso necesitaba urgentemente otro navegante.

–He tenido suerte.

–Yo también.

¡Qué hermosa la vida en la nave!, pensó Nel; la conversación con y sin palabras con otro ser que te entiende, que está dentro y fuera de tí, que no miente, que no finge, la relajación absoluta de la ausencia de convenciones y barreras. ¡Qué hermoso, qué hermoso!

–¿Fase de acople, piloto?

–Adelante, Lea.

Lo borró todo de su mente menos el deseo de fundirse con ella, de ajustar uno a uno sus sentidos con la maravilla bioelectrónica que era su nave. La sintió entrar lentamente, con infinito cuidado en todos sus centros sensoriales, tanteando, sin prisa, con amor, y, de repente, se produjo el milagro. Sus ojos, no los ojos de carne que descansaban en el tanque bajo la masa de sellado, se abrieron y vio el espaciopuerto con la vista de Lea y con la suya propia: fantasmas de energía coloreada que se agitaban en una danza sin música, formas vivas de objetos inanimados pulsando a su alrededor.

–¿Ves?

–Veo.

Sus sentidos empezaron a registrar los cien mil sonidos de las formas danzantes que ululaban, crujían, murmuraban, sonidos inaudibles para un humano solo o una nave sola. Olores, sabores, tactos que Nel asociaba arbitrariamente con vino, con grasa, veneno, perfumes, helados y Lea convertía en código numérico que representaba lo mismo sin asociación.

–Vista OK. Olfato OK. Oído OK. Gusto OK. Tacto OK.

–Comprobamos. ¿Qué hay debajo de nosotros?

–Helado de crema al limón que suena como una cáscara pisoteada. Es rojo y huele a azucena. Suavecito. Leo que la pista está preparada. Podemos perdernos. Subir.

–Lectura correcta. Yo recibo lo mismo. Te imprimo las coordenadas en punto 24.3.000000111 de tu cerebro.

–Correcto. Lo tengo.

–¿Intuición? ¿Riesgo? ¿Deseo?

–Todo limpio en el cuadrante anaranjado, el riesgo es del tres por mil en el subsector con olor a clavel pero quiero pasar por ahí porque suena como una flauta en un cañón de roca. Si tardamos cuarenta minutos más será impracticable, cambiará a azafrán y se pondrá rugoso.

–El cálculo estadístico lo confirma.

–Tiene que confirmarlo. Sé que será así.

–De acuerdo. entonces está claro. Acople concluído. ¿Me sientes OK?

–Perfecto.

–¿Nos vamos?

–Un segundo. Quiero comprobar. Sí. He visto la Rueda. Nos vamos.

–¿Algún capricho especial?

–¿Sabes qué es un saxo?

–Un instrumento musical humano. Cayó en desuso hace más de mil años.

–En mi mundo no. ¿Sabes cómo suena?

–Puedo buscarlo. Es cuestión de segundos.

–Búscalo, pequeña. No hay como el saxo para una despedida y para un reencuentro.

–Música de saxo para Nel. Servida.

Mientras los sentidos se distorsionaban en la aceleración de la partida, las primeras notas lentas, cálidas, goteantes, empezaban a sonar en el cerebro de Nel.

–¡Hermosa muerte, chica! –gritó Nel, exultante de felicidad, en el deseo ritual de los pilotos al dejar el suelo.

–¡Hermosa muerte, piloto! –contestó Lea, su voz llena de luz.

Luego fue la vibración del escape y el mundo exterior al prepararse para el salto. Y se fueron.

La música lenta, antigua, condenadamente triste, le rasgaba el estómago y le provocaba un deseo incontrolable de llorar a gritos pero no se sentía capaz de moverse de donde estaba. Llevaba varias horas en el local, pobre, sucio, con mesas de plástico arruinado y olor a vejez y a podredumbre; ni siquiera sabía con certeza cómo había llegado hasta allí. Recordaba con claridad la mirada de Ilain

al separarse, la forma en que el viento revolvía su pelo, la posición de sus brazos, inmóviles, vencidos, el rictus de sus labios, sus hombros caídos, agobiados por un peso insufrible, su figura rota cuando lo vio desde lejos por última vez al doblar la esquina, y nada más. Las calles, la gente, los holos publicitarios, el *speed-train* eran después un combinado absurdo de imágenes, de olores, de sensaciones como cuando te acoplas a una nave enferma y todo está mal. Desde la noche anterior el mundo se había derrumbado a su alrededor y a cualquier parte que mirara sólo había ruinas. El día más hermoso de su vida y el más abominable fundidos para siempre, el triunfo y la destrucción cogidos de la mano como en el sacrificio. Recordó amargamente la mañana, el despertar con Ilain, su pelo de oro verde en la almohada a su lado, su piel tibia, su sonrisa, –hola, mi amor–, la sensación de que el mundo era bueno, bello, mágico, de que lo único que tenía sentido era despertarse así con él para siempre, una mañana tras otra todas las mañanas de su vida; el paseo hasta su casa besándose y riendo en las esquinas, el desayuno interrumpido para caer en la cama frenéticos de pasión. La tarde, la lenta charla en que se habían contado su vida, su pasado, sus esperanzas. El juego que ya no era sólo un juego de inventar una vida en común, ilegales, piratas en su nave robada huyendo de salto en salto hasta el Confín donde él ya no sería androide ni ella piloto de la Flota, fuera de todo, de todos, con Nel por compañía ocasional y todo el tiempo del mundo para volar juntos. Creyendo en aquel juego había sido feliz, ciegamente feliz durante unas horas, olvidada de su vida real, de su compromiso con la Flota, de los compañeros, de la lucha, de la necesidad de matar que había sido implantada en su cerebro.

Y entonces, cortante como una cuchilla que se desliza de improviso, helada, por el cuello, la confesión, la verdad de Ilain:

–Yo soy humano, Shere, humano como tú.

Se había reído. Era una pieza más del juego. Obscena, una prueba de afecto e intimidad, grosera tal vez pero chistosa por lo inesperada.

–Lo digo en serio, Shere. Soy humano. Tenía que decírtelo.

La risa que se paralizaba lentamente en sus labios, el temblor incontrolable, el estómago que se apretaba milímetro a milímetro, la saliva acumulándose tontamente en su boca, negándose a pasar por la garganta, las manos crispadas que se alejaban sin proponérselo de las de él.

–¿Y la marca en tu vientre? –había preguntado casi sin voz.

–Falsificada.

–¿Y tu registro? ¿Y los controles?

–Falso, todo falso, pero bien hecho. Legal.

Un largo silencio mientras ella desviaba la mirada para fijarla en las nubes sintéticas enganchadas en los edificios del espaciopuerto.

–Fui ingeniero cibernético. Yo diseñaba androides. Creo que llegué a sentirme como ellos, a comprenderlos. Siempre me sentí atraído por los humanos, no podía evitarlo. Sabía que sería mi muerte pero lo elegí así. No fue difícil arreglarlo todo. A nadie se le habría ocurrido que un ciudadano de primera clase como yo quisiera cambiarse por un androide. Hace siete años que lo soy oficialmente así que, dentro de otros tres habría tenido que hacer algo para desaparecer sin más o resurgir modificado. Ahora ya no sé si vale la pena. Ahora te conozco a tí, te quiero a tí. Tú decides.

Lo había mirado con terror, con asco, con desprecio y con el sentimiento infinitamente humillante de seguir enamorada de él. Pudo más su entrenamiento.

–Si te refieres a si te voy a denunciar, pierde cuidado. No es mi estilo –su voz sonó insultante, un siseo de líquido sobre metal al rojo.

El negó con la cabeza, despacio.

–No es eso. Eso no me importaría, ya ves que me he puesto voluntariamente en tus manos. Me importa lo que tú pienses, lo que sientas. Me importas tú. Si me puedes querer todavía como hace media hora.

Ella tragó saliva deseando matarlo y sabiendo que no podría.

–¿Estás loco? –su voz era ahora un latigazo.

–Supongo que sí –dejó caer la cabeza y el vaso de cristal se trizó entre sus manos.

–Sangre humana –murmuró Shere, a su pesar.

–Como la tuya –susurró Ilain sin alzar la vista.

Ella se levantó de un salto con una decisión repentina.

–Me largo.

–¿Para siempre?

–Naturalmente.

El se levantó también y la siguió a la calle abriéndole las puertas con el contacto de su mano. Shere caminaba delante, sin volverse.

–Es lo más despreciable que me han hecho en la vida. Yo te quería. Estaba loca por tí. Hubiera desertado por seguir contigo. ¿Cómo has podido hacerme esto? Eres un traidor. Debería matarte, maldito bastardo.

–Mátame. Shere –dijo él suavemente–. Vas a hacerlo de todos modos si te vas ahora.

Ella se giró con violencia, los ojos llenos de lágrimas y las mejillas enrojecidas de rabia. Lo miró impotente unos segundos, paralizada. Sintió un impulso enloquecido de abrazarlo y llorar desconsoladamente contra su pecho pero lo reprimió clavándose las uñas en los puños.

–Maldito seas, Ilain –dijo con furia–, maldito sea este mundo asqueroso y el momento en que te conocí. Me has jodido la vida, hijo de puta.

Dio media vuelta y se fue sin mirarlo, negándose a girarse, negándose a pensar, negándose a admitir la realidad del sentimiento que la desgarraba y le gritaba que volviera a su lado, aunque fuera sólo por un momento para sentir de nuevo su abrazo, para ver otra vez su sonrisa, para grabar en su mente la mirada de agua de los ojos de Ilain, del único ser al que se había entregado por completo en toda su vida, del único ser que la había amado, que la amaba todavía. Y que era humano.

Antes de doblar la última esquina su deseo pudo más y lo miró un segundo, empequeñecido por la distancia y el dolor. Todo su cuerpo ardió de amor por él, sus músculos se crisparon de deseo, de nostalgia. Dudó una fracción de segundo y dobló la esquina alejándose de él.

Y ahora estaba en ese local mugriento emborrachándose de desesperación, de tristeza, de conmiseración consigo misma. Horas con la vista clavada en el vaso oyendo aquella música pringosa que estrujaba el corazón con su sonido lánguido.

Casi sin pensarlo, se puso en pie tambaleante y llamó a un *glider*, uno de esos absurdos vehículos que flotaban a metro y medio del suelo.

–Al Paradiso –le dijo a la máquina al subir.

El *glider* se elevó, silencioso, y enfiló suavemente hacia el centro por calles que se iban haciendo cada vez más concurridas.

En su habitación, Ilain conectó una música directamente a su cerebro, tomó cuatro somníferos y, con la cabeza sepultada en las sábanas que aún guardaban el olor de Shere, esperó la llegada del olvido en la creciente oscuridad.

La violenta luz parpadeante le hirió los ojos al entrar al Paradiso, metió la mano en la bolsa, como de costumbre y maldijo en voz baja al acordarse de que sus gafas volaban ahora rumbo a Tau en el bolsillo de Nel. Se dirigió a un automático de accesorios y sacó unas gafas impenetrablemente negras; no había ninguna necesidad de ver más allá de lo justo para no romperse las narices al atravesar la sala hasta el bar. El griterío era el mismo de siempre, los olores también, la masa de

seres en efervescencia no daba la impresión de haber cambiado desde la noche anterior, como si la realidad se hubiera convertido de pronto en una proyección tridimensional de sesión continua.

Se sentía vacía y asqueada mientras cruzaba el primer salón hacia la barra de servicio automático. No se creía capaz de soportar ni siquiera la mirada de un camarero androide. Caminaba entre la gente dando y recibiendo empujones, sin disculparse, casi sin darse cuenta, como si hubiera un cristal y metro y medio de agua entre ella y el mundo, como si el Paraíso se hubiera convertido en un inmenso acuario de peces exóticos de mirada vacía. O tal vez fuera ella el monstruo encerrado, flotando entre paredes transparentes, mirando sin comprender, ignorante de la razón de su vida.

Vio un destello de cabellos rubios entre la multitud y tuvo la impresión de que su corazón se detenía. No podía ser Ilain, no podía ser. No era posible que aquel hijo de puta hubiera ido de nuevo al Paraíso, después de lo que había pasado, para seguir amargándole la vida. Aunque, al fin y al cabo, ¿por qué no?, ¿no estaba ella allí?, ¿por qué no podía él haber decidido olvidarse de todo y seguir adelante como si aquel hubiera sido un día cualquiera, uno más en su vida? Después de todo, era su trabajo, su medio de subsistencia, y elegido voluntariamente, además, para mayor tortura.

Se giró despacio, tratando de mostrarse indiferente. Unos ojos negros muy maquillados le devolvieron la mirada, unas antenillas se inclinaron graciosamente hacia ella, una invitación. Apartó la vista y se alejó hacia la barra; el androide la miró sin comprender. El incidente la había sacado de aquella semicalma podrida que había conseguido a base de alcohol e inspiraciones profundas. Sentía otra vez ese salvaje deseo de matar, de destruir lo que fuera y como fuera. Tensó los labios deseando encontrarse con una provocación, un insulto, cualquier cosa que le diera pie para volcar su odio y su rabia hacia el exterior.

–*Salve, Shere. Te invito a lo que quieras.*

Maeloc había surgido frente a ella, sonriente, ligeramente colgado.

–*Apártate de mi camino, perverso.*

El rostro de Maeloc se crispó un instante y volvió a relajarse.

–*Sólo quería charlar un rato contigo, vieja.*

–*Aléjate de mí o te mato.*

La voz de Shere era suave pero varios compañeros se habían vuelto a mirarlos esperando un espectáculo poco frecuente. Maeloc hizo un gesto conciliador con las manos y se giró para marcharse con una mueca de incompreensión.

–*See you.*

–Cobarde –siseó Shere con todo el desprecio de que era capaz–. Ayer rompiste las reglas por luchar conmigo y ahora huyes. Eres un asqueroso cobarde. No mereces ser piloto.

Los hombros de Maeloc se tensaron y dudó un segundo frente a la provocación pero consiguió mantenerse de espaldas a ella. Shere, entonces, le dio una patada en los riñones que lo derribó contra una mesa.

–¡Lucha, gallina, demuestra lo que vales! –escupió ella.

El golpe había sido fuerte pero era sólo un insulto; si hubiera querido, habría podido matarlo con los pies descalzos y Maeloc lo sabía. Se levantó despacio, dispuesto a luchar. Shere dejó la bolsa en la barra, esperando. Se midieron unos segundos con los ojos y Maeloc atacó como en el gimnasio. Shere paró el golpe con el antebrazo y le dio un rodillazo en los testículos; cuando el hombre se doblaba de dolor, ella golpeó salvajemente su cuello con el filo de las dos manos cuidando con precisión milimétrica de no matarlo todavía, mientras con la otra rodilla le rompía la nariz. Maeloc se revolcaba por el suelo con la cara cubierta de sangre cuando llegó Lol con un grupo de pilotos. Miró al nuevo senior que se retorció a sus pies y se encaró con Shere.

–¿Tú estás loca o qué?

Ella se encogió de hombros.

–¿Qué ha pasado, Maeloc?

El piloto apenas podía respirar pero ya había conseguido sentarse.

–Yo creía que era una pelea entre compañeros, Lol.

Shere siguió callada.

–Yo entiendo que alguien quiera luchar, que esté hasta los cojones de descanso y necesite moverse, pero ella –sus ojos miraron a Shere sin comprender–, ella atacaba en serio, a muerte. Yo no estaba preparado para eso.

–Pues prepárate –la voz de Lol era áspera– nunca se sabe cuando un piloto *durchdreht*. ¿Por qué te crees que inventaron la remodelación? Todos los pilotos están locos. Venga, largo. Que te lleven a una *med-shop*, la cosa no es para más. Y tú, ven conmigo –dijo dirigiéndose a Shere–. Tenemos que hablar.

–Pero ¿tú quién te has creído que eres? –recogió la bolsa y se la echó al hombro.

–Por si no lo recuerdas, tu inmediato superior, tu jefe de ataque de flecha, y además soy más grande y más fuerte que tú. Y mi estabilidad emocional también es mayor, así que andando.

Lol sacó del automático un paquete grande de sampa y dos vasos de plástico.

–¿Algún veneno?

Shere negó con la cabeza.

–Pues vamos a emborracharnos.

Subieron a una de las plataformas elevadoras que volaban por el local lanzando destellos de colores. Lol miraba desinteresadamente hacia la masa de seres que iba quedando abajo y Shere se observaba los pies, de un gris oscuro a través de las gafas. Saltaron en uno de los niveles superiores y empezaron a buscar un cubículo libre, sin éxito. Ninguna puerta se abrió ante ellas. Subieron al siguiente nivel por una barra móvil.

–*Voll betrieb* –masculló Lol.

Shere siguió callada, ignorando la mirada de reojo de su jefe.

Encontraron por fin una salita vacía que debía de haber quedado libre minutos antes porque la casa aún se ajetreaba limpiándola.

–Déjalo ya –dijo Lol en voz alta sin dirigirse a ningún sitio en particular–. Para lo que tenemos que hacer ya está bastante limpio.

La actividad de los pequeños robots cesó de inmediato y volvieron a su lugar tras la mampara de la pared; los tubos de aireación se recogieron en el techo y la ventana falsa con el panorama de holo volvió a su color lechoso de punto muerto.

–Queremos estar solas –anunció Lol–. Asuntos disciplinarios. Prioridad verde tres.

La casa comprobó la voz de Lol, su personalidad y su rango y emitió un pitido de asentimiento. Lol se instaló pesadamente en el sofá y, sin decir palabra, se puso a destapar la bebida, sirvió dos vasos y se bebió el suyo despacio, sin descansar. Luego lo rellenó. Shere, de pie, tomó el suyo, lo vació de un trago y volvió a llenarlo. Esperaron sin mirarse durante unos minutos. Lol sacó del bolsillo un pedazo de mirta y empezó a masticarlo trabajosamente. El silencio comenzó a hacerse opresivo.

–¿Y ahora qué? –dijo Shere, desafiante.

Lol no movió un músculo. Continuó recostada en el sofá mirando al techo.

–¿No estarás pensando en desertar? –preguntó por fin con voz neutra.

Shere la miró, sorprendida.

–Digamos que tengo una cierta experiencia en el terreno –añadió Lol–. No es aconsejable, te lo digo yo. Y además, no hay nadie que lo valga.

–Él lo hubiera valido –amargura en su voz.

–¿Quién? ¿Ilain?

Shere bajó la cabeza. Asentimiento. Dolor.

–Reconozco que tienes buen gusto, ese tipo tiene algo especial. Pero ni siquiera él lo vale. Y ¿qué es eso de "lo hubiera valido"? ¿Te lo has cargado?

–No.

–No te preocupes. A mí puedes decírmelo. No te voy a denunciar. Y además, ¿a quién le importa la vida de un androide? de un androide VIEJO –pronunció la palabra con una insultante claridad.

–A mí me importa –vació el vaso de un trago y lo llenó de nuevo.

–Vamos, vieja, no eres la primera que se enamora de un androide, pero eso tiene remedio y no es de lo peor que te podría pasar –dio un sorbo a su sampa cuidando de no tragarse la mirta que se había hinchado en su boca–. Lo olvidarás. Un par de semanas arriba y todo volverá a su cauce.

–No lo olvidaré, Lol. Jamás –su mirada vidriosa se perdía en la suavidad blanquizca de la ventana falsa–. Mientras viva.

–¿Qué sabes tú de eso?

–¿Qué sabes tú, maldita vaca? Siempre tan segura de todo, tan controlada, tan... tan legal –su voz temblaba y tuvo que hacer una pausa para dominarla–. Tú que nunca has sentido nada ni siquiera por tí misma.

Lol se levantó despacio del sofá y se acercó a Shere que esperaba de pie, con los puños apretados, dispuesta a luchar, a matar, a cualquier cosa. Su jefe se limitó a colocarse de espaldas a ella, se levantó la corta melena negra y le mostró la base del cráneo.

–¿Qué ves?

–Remodelada –la voz de Shere era insegura, asombrada– ¿Tú?

–Pues eso. Para que veas que no hablo por hablar.

–¿No me dirás que fue por un asunto de ... relaciones personales?

Decir "amor" frente a Lol le resultaba ridículo y casi obsceno pero no se atrevió a decir "piel" por miedo a ofenderla.

–Te he dicho que tenía experiencia en estas cuestiones, ¿no me has oído?

–Tú, ¿te enamoraste de un androide?

–Eso parece. Deserté. Me encontraron. Siempre lo encuentran a uno.

–¿Y elegiste la remodelación?

–Evidentemente. Si no, no estaría aquí contándotelo.

–Pero, ¿por qué?

–¿Por qué qué? ¿El androide o la remodelación?

–Las dos cosas.

–De la primera no te puedo decir nada. Lo borrarán. Sólo tienes conciencia del delito pero no te dejan nada de las circunstancias, ni nombres, ni lugares ni, por supuesto, sentimientos. *Das ist der sinn der sache.*

–¿Y él?

–No sé. Supongo que lo desmantelaron.

Shere sintió un escalofrío a su pesar y se tomó otro vaso. Había algo que le daba náuseas; no la idea de la muerte de otro ser, ni de su reciclaje, eso era parte de la vida. Lo que la asqueaba era la frialdad en la voz de Lol, la *matter-of-factness* con la que hablaba de alguien a quien había amado tanto como para desertar, alguien cuyo nombre ya no recordaba. Se imaginó a sí misma en esa situación y la idea le dio pánico. No recordar siquiera el nombre de Ilain, su sonrisa, su forma de amar. Saber que había habido alguien en el mundo por quien lo había arriesgado todo y no recordar nada de él. Era mejor su dolor de ahora. Mejor incluso el sacrificio. Mil veces mejor.

–¿Por qué elegiste la rem? –preguntó por fin, mientras se servía sampa con manos temblorosas.

–Te parece una salida cobarde, ¿no?

–Cada uno hace de su vida lo que le da la gana, pero yo hubiera apostado a que no era tu estilo –dijo sin mirarla.

–Yo también, pero ya ves –hizo una pausa–. La verdad es que yo tampoco lo sé, no me acuerdo. Pero lo he pensado mucho y supongo que fue por pura lógica. Tenía que elegir. En mi época sí era posible escoger el sacrificio, incluso para un desertor. No sé. Hubiera sido idiota matarse por alguien que ya no existía. En cualquier caso él ya no existía para mí. Lo más probable es que lo hubieran desmantelado pero aunque por un milagro él siguiera vivo, yo tenía que morir o dejarme remodelar, con lo cual llegábamos a lo mismo. El caso es que elegí la rem y no me arrepiento.

–Pero ¿no te angustia el no recordar nada de lo que fue tan importante para tí?

–Eso es lo bueno, que ya no te angustia nada.

–Sí, eso debe de ser bueno –agitó el paquete de sampa y se sirvió lo que quedaba, apenas medio vaso.

–Se te pasará.

Shere sacudió la cabeza lentamente, con la mirada perdida en el fondo del vaso.

–Pues preséntate voluntaria a la remodelación o sacrificate por la gilipollez de haberte enamorado de un androide, si te parece una salida más heroica.

–Tú no entiendes nada, Lol, nada.

–Entiendo que eres una pobre imbécil recién salida del tanque que no ha tenido un conflicto de sentimientos en su vida y que se cree que se va a acabar el mundo porque por un momento te hayas hecho la ilusión de irte de ilegal con un androide que tiene tres años de vida por delante. ¡Pobre inocente!

–Ilain es humano, Lol –la voz de Shere, un susurro apenas, sonó como un estampido en la pequeña habitación.

–Cuidado con lo que dices. Un piloto tiene que saber emborracharse también sin decir tonterías que puedan costarle la existencia.

–Es humano.

Esta vez sus miradas se encontraron y, por un instante, Lol no pudo reaccionar.

–¡Maldito hijo de puta! ¿Estás segura?

Shere asintió con la cabeza.

–¿Cómo lo has descubierto?

–Me lo ha dicho él.

–¿Te lo ha dicho? ¿Es que, además, es suicida?

Le tamblaba tanto la voz que apenas podía contestar.

–Me quiere, Lol, me quiere de verdad. Dice que tenía que decírmelo, que quería que lo supiera, que no le importa nada más.

Las lágrimas le corrían por las mejillas y, de repente, comenzó a gemir mientras golpeaba la pared con los puños. Lol se acercó a ella y le puso el brazo sobre los hombros, con firmeza, con ternura.

–Pobre Shere, pobre, pobre muchacha.

Ella seguía golpeando la pared, de un modo maquinal, al compás de sus sollozos.

–Desahógate un poco, es natural, ahora no te ve nadie. Por suerte eres un piloto de primera y has hecho lo que debías.

Shere se giró hacia Lol, el llanto detenido en una mueca de horrorizada sorpresa.

–Te has alejado del peligro y has informado a tu inmediato superior.

–¡Yo no he informado a nadie!

–Vamos Shere –el tono era irónico y, aunque la sonrisa pretendía ser tranquilizadora, Shere estaba más allá del punto en que se la podía calmar con una sonrisa.

–Si repites algo de esto en algún sitio, te mato. Te juro que te mato y hablo en serio. De todas formas estoy acabada así que me da igual tener un cargo más. Y a tí tampoco te conviene que se sepa. Tú también has estado con él. ¿Quieres que te remodelen ahora que estás a punto de conseguir el ascenso?

Lol estaba pálida y sus labios eran una sola línea blanca, una cicatriz cortando su cara.

–Hay que detener a ese cerdo.

–Le quedan tres años, Lol –su voz era casi suplicante–. Deja que los viva como pueda.

–No sabemos cuánto le queda, maldita idiota –explotó Lol–. ¿No te das cuenta de que es humano? Puede vivir más que tú si tiene suerte.

–Preferiría matarlo yo a denunciarlo, Lol.

–Pues hazlo.

–No.

–¿Por qué no?

–Porque lo quiero.

La bofetada sonó como un latigazo entre las paredes de plástico. Shere, pestañeando apenas, se limpió la sangre de los labios con el dorso de la mano. Cuando habló, su voz sonó firme, áspera de alcohol y llanto, pero serena.

–Voy a olvidar esto, Lol; estabas en tu derecho. Pero quiero que una cosa quede clara: si lo denuncias, te mato. Pronto nos iremos de este jodido planeta, quizá para siempre. Para tí será fácil olvidar el asunto, tendrás tu ascenso y llegarás a *skipper* algún día, pero no digas una puta palabra a nadie si no quieres que en algún ataque te alcance una ráfaga por detrás.

Se quitó las gafas y fijó sus ojos de luminoso caramelo en los negros de Lol, sus pupilas dos puntos diminutos. Sostuvo la mirada unos segundos, recogió la bolsa y se marchó en silencio, tambaleándose. Lol se dejó caer en el sofá y ocultó la cabeza entre las manos.

Nel flotaba en el caliente balanceo de la vida intermedia saboreando el tiempo de individualidad en que nave y navegante se retiraban a sus propios mundos, un tiempo necesario para los dos porque el peligro de contaminación mental era alto para dos seres en simbiosis prolongada y, de vez en cuando, ambos deseaban un pequeño alejamiento de las estructuras cerebrales del otro. En ese tiempo Nel solía preguntarse en qué se ocuparía la mente de Lea, ¿en recuerdos, como él?, ¿en planes de locura, en esperanzas vanas? ¿Se perdería tal vez en sus brillantes laberintos de abstracción, su mente un destello espejeando un camino vedado a los humanos? A veces, muy pocas, envidiaba a los seres bioelectrónicos; otras le daban lástima, según el humor del momento. De todas maneras, en todos los grupos había rebeldes, seres que se salían de las normas previstas, que deseaban algo distinto de aquello para lo que habían sido creados. Lea era así y por eso le gustaba. Esa era su loca esperanza del momento: convencerla de huir con él, desligarse de Vigilancia y volar juntos a Mann.

Millones de chispas de colores levemente punzantes como un baño de burbujas se arremolinaban en su cerebro enmarcando las nítidas imágenes soñadas; las sentía pasar por su

cuerpo inexistente y rozaba con la lengua su misterioso sabor eléctrico que despertaba apenas una asociación antes de desvanecerse. De pronto apareció en su mente el recuerdo de Ilain y todo se tiñó de azul y de sabor a almendras. Ilain –se dijo– y la palabra sin voz reverberó en su mente como una espada de plata en un lecho de seda. Sólo la palabra lo llenaba de una infinita tristeza, sin destino y sin futuro. Te llegará la muerte en forma de mujer como siempre has querido. Nunca más nos veremos, amigo.

Se asustó de sí mismo, de lo que acababa de formular y fue descomponiendo la frase, palabra por palabra, arrancando sílabas y sonidos como piedras de un mosaico, lanzándolas al agujero sin fondo, profundo y frío, de una negrura transparente, que estaba arriba y abajo, delante y detrás de él. Te he querido siempre, Ilain, siempre admiré con respeto tu decisión, pero siento perderte. Ya no quedan muchos como tú. El Universo por fin está cambiando de veras, estamos dando el gran paso al frente al borde del abismo, ya casi somos la unidad que buscamos desde hace milenios, todos felices y perfectos colaborando para el bien común, todos hermanos, tarados por el eterno tabú del incesto para poder aplicar nuestro esfuerzo a metas más altas. Ilain, tenía que haberte traído conmigo, y quizá a Shere también, pero no importa. Tú ya estás perdido. Lo estás desde siempre, desde que decidiste cambiar de papel y lo sabes, y lo aceptas. Y ella, ella no es como nosotros. Shere es una digna hija y esposa de la Flota. Puede ser adúltera, tal vez, pero no desertará, no con un humano. Antes se entregará a esa carnicería del sacrificio, orgullosa de servir a sus altos ideales. ¡Qué absurdo momento nos ha tocado vivir, viejo!.

–Piloto, déjate de filosofías baratas y vuelve a la vida.

–¿Estabas espionando, Lea?

–Hay algo en la próxima intersección.

–No hay problema, es un ilegal.

–¿Intuición?

–Claro.

–¿Lo freímos?

–No seas idiota, es de los nuestros.

–¿Desde cuándo soy yo ilegal?

–Desde este mismo instante, si quieres.

–¿Es una oferta?

–¿Tú qué crees?

–¿Y yo qué ganaría con eso?

–A mí.

–*What a deal!*

–¿Y yo?

–¿Tú qué?

–¿Qué ganaré yo?

–A mí. ¿No es eso lo que quieres?

–Si tuvieras orejas te compraría unos pendientes de plata, Lea, para sellar el compromiso. El oro es demasiado legal.

–Cómpramelos.

–¿Lo dices en serio?

–¡Qué idiotas sois los humanos! Compartes mi mente, ¿no sabes que hablo en serio?

–En el próximo mundo ilegal que toquemos los tendrás.

–Yo te daré algo que puedas llevar en tu roñoso impermeable cuando estés abajo.

–*You won me, Lea.*

–*I know.*

–*Did I?*

–Claro, tonto.

La violenta iluminación de la calle principal de Puerto Lobo le hirió los ojos al salir de la negrura impenetrable de su cubículo de descanso, un miserable cuartucho por el que pagaba una pequeña fortuna en unidades clandestinas a cambio del dudoso placer de disfrutar de todo lo que el asteroide, el más famoso puerto franco del sector, la mayor concentración de ilegales, podía ofrecer al turista ocasional, en su mayor parte comerciantes, contrabandistas, soldados y pilotos que aprovechaban su permiso en Mann para fletar una nave ilegal y pasar discretamente unos días en Puerto Lobo jugándose siempre la reputación y, casi siempre, la vida.

Había salido desnuda por costumbre y le sorprendió desagradablemente el frío de la calle, quince grados, sin viento. Entró de nuevo al Complejo de Reposo y en la sala de automáticos tomó un baño de impermeabilizante por tres veces su valor, sacó unas gafas oscuras y una tableta masticable de alimento superenergético que, por un momento, la hizo sentir de nuevo como una niña, como cuando con otros compañeros de la Casa se gastaba su asignación mensual en masticables proteínicos para huir de la espantosa rutina de la carne con verduras y salsa de huevo.

Pasó por el cubículo de Maeloc y decidió invitarlo a acompañarla en su primer contacto con Puerto Lobo. Habían bajado juntos desde Puerto Edén, su punto oficial de permiso, en una nave de

carga de donde habían desembarcado horas antes con la sensación de haber sido descoyuntados sistemáticamente.

En los últimos tiempos, Shere y Maeloc habían comenzado una amistad con reservas que se había ido intensificando poco a poco en docenas de conversaciones, paseos por la nave, luchas privadas en el gimnasio y alguna que otra borrachera, a pesar de las prohibiciones sobre el consumo de drogas a bordo. Aunque era varios años menor que ella, Shere lo sentía como una especie de compañero mayor, de superior espiritual que al mismo tiempo retorció su alma y sus convicciones y le daba estabilidad, fuerza, una forma nueva de ver el mundo, una energía desconocida. Ella sabía que estaba alcanzando esa fuerza de modo ilegal, sabía que era un *wild-side-walk* que en algún momento no tendría regreso, pero se arriesgaba todos los días, cada día un poco más, para descubrir lo que estaba en su interior, lo que Ilain había puesto en marcha dentro de ella. Con Maeloc se había atrevido a hablar del amor humano; durante largas charlas habían discutido sobre el derecho individual a hacer lo que uno quiera consigo mismo siempre que no atente contra la misión en la vida y aunque, aparentemente, ninguno podía convencer al otro, Maeloc había comenzado a aceptar que el riesgo de perder de vista el compromiso con la Flota era en verdad muy alto y Shere empezaba a comprender que el suyo no era el mejor de los mundos si un humano no tenía mayor campo de acción que un automático de bebidas.

Maeloc era tierno, alegre, loco y un poco ingenuo; despiadadamente pesimista, se empeñaba en vivir hasta el límite cada situación que la vida le ofrecía. Su inteligencia y su amoralidad lo convertían en un ser peligrosamente atractivo y, paradójicamente, muy vulnerable. Shere se preguntaba con frecuencia qué error se habría cometido en su fabricación para hacerlo así y cómo habría sido capaz de pasar todos los controles hasta llegar al grado de humano adulto y piloto de la Flota. Al parecer, Maeloc había encontrado el punto de equilibrio en una esquizofrenia que le permitía tener dos máscaras perfectas, completas con su juego de inflexiones, gestualidad y dilatación pupilar y pasaba de una a otra cuando la situación lo requería dejándose siempre la libertad, lo que él llamaba "mi libertad humana", de entrecruzarlas de vez en cuando para sentir la punzada del riesgo social, del peligro cotidiano.

Shere le proporcionaba el público que necesitaba para que su faceta de ilegal se desplegara ante sus ojos y creciera con cada protesta de ella, con cada argumento, con cada discusión. Y ella, a veces, se dejaba llevar, fascinada, al mundo de esa libertad donde todo parecía lógico, justo y necesario, hasta las mayores aberraciones. Por eso estaban ahora en Puerto Lobo, porque Maeloc la había persuadido de que era absurdo pasar todo el permiso en Puerto Edén, un mundo entre millones, pudiendo acercarse al lugar más estimulante de Mann. Sabían que Lol los buscaría como un perro rabioso por todos los locales de Puerto Edén, sabían que haría todo lo posible por probar

que habían estado AWOL unos cuantos días pero, de alguna manera, cuando estaban juntos y hablaban de ello, se les saltaban las lágrimas de risa. Lol persiguiéndolos por Puerto Edén como hacía constantemente en la nave, sin encontrar nada. Nunca encontraría nada porque no había nada que encontrar. Aparte de los pequeños *seitensprünge* con el reglamento, no había nada ilegal entre ellos. Hablaban, bebían y eso era todo. Maeloc lo había intentado varias veces, terapéuticamente, decía, pero Shere estaba firmemente en contra. Si alguna vez volvía a tener relación con un humano, sería con Ilain; sólo él podría hacerle superar el horror de aquel primer impacto. Si no había amor, era sólo piel y si era sólo piel, no era necesario que fuera más que un androide. Algún día, en algún permiso, volvería su nave y entonces se sentiría capaz de acercarse a Ilain y entregarse a él sin horror y sin culpa pero, mientras tanto, Lol buscaría en vano.

Salieron juntos a la calle cuando Maeloc encontró una ropa de su gusto y se lanzaron a pasear sin rumbo, sin saber bien qué buscaban. Gente de todas las razas se cruzaba en su camino entre un tráfico imposible que circulaba en flotadores a tres niveles, de la calzada a la zona más alta de los edificios. Los locales más baratos abajo, en el primer nivel, los más caros en el último; los vendedores ambulantes, los adivinos, los luchadores, los profetas, los humanos en venta se deslizaban lentamente en pequeñas plataformas circulares cambiando constantemente de altura. Shere los observaba intensamente, desde una distancia agresiva que Maeloc llamaba "su torre de combate"; él, por el contrario, miraba fascinado, con los ojos brillantes, la amalgama de seres que lo ofrecían todo, todo, sin limitarse a las normas de nadie. De repente, en una esquina, lanzando un grito de júbilo, la levantó en vilo y empezó a dar vueltas con ella.

–¡Estamos en Puerto Lobo, vieja, estamos en Puerto Lobo!

–¡Bájame inmediatamente, idiota!

Maeloc la soltó sin una palabra y siguió caminando.

–Estás loco, Maeloc.

–No me digas...

Al cabo de unos metros, Maeloc se detuvo furiosamente y la miró.

–¿Es que no te das cuenta, imbécil? Esta gente está viva, VIVA, maldita sea. Tal vez no sean felices pero están vivos. Todos hacen algo, todos luchan, todos tratan de sobrevivir a su modo, como sea. No esperan a que les den de comer a sus horas y les digan lo que tienen que hacer cada jodido segundo de sus vidas. ¿No lo ves?

–¿Y por qué no lo dejas todo y te quedas aquí?

Maeloc la miró como si estuviera a punto de darle un puñetazo.

–No entiendes nada, estúpida. ¿Qué coño iba a hacer yo en Puerto Lobo para siempre? Yo soy piloto, piloto como tú. Y además, para ponerlo peor, piloto de ataque. No sé hacer otra cosa, no

me han creado nada más que para eso. Ni siquiera podemos hacer volar otra cosa que no sea un Delta Max. Si fuera navegante, me quedaría, para un navegante siempre hay trabajos, con su superempatía y la perfección de sus sentidos especiales. Nosotros sólo podemos usar los nuestros para infiltrar una trama sigo o salvar la piel en un ataque circular y eso no se vende en el mercado ilegal –miró alrededor tratando de recuperar la respiración normal–. Si fuera navegante, me quedaría, te lo juro. Como no lo soy, disfruto mientras puedo de estar aquí. Y ahora o te callas o te vas o pones otra cara, pero deja de joderme la fiesta con tus prejuicios.

Shere se mordió los labios.

–¿Qué planes tienes?

Maeloc miró al cielo, turbio de polución, de un extraño color canela.

–Por lo pronto quiero comer algo. Luego voy a buscarme una mujer humana que sea una mujer no un piloto galáctico entrenado para ser mi hermano. Y si todas nuestras discusiones hubieran servido para algo, tú vendrías conmigo y saldrías de una puta vez de esa costra de metal que se te está pegando al cuerpo.

Dio media vuelta y siguió caminando sin mirar atrás. Shere vio en su espalda el daño que le había hecho y sintió un impulso de alcanzarlo, disculparse y seguir descubriendo juntos las calles de Puerto Lobo, pero no lo hizo. Dejó que se perdiera entre la gente y se alejó en otra dirección. No quería dejarse arrastrar una vez más a aquella alegre locura artificial de los últimos permisos. Quería estar sola, sola como había estado siempre salvo aquellas veinticuatro horas en que por única vez en su vida había sentido la paz de la dualidad como dicen que la sienten los navegantes.

Entró en un local del primer nivel y pidió un vaso de ajía, el licor más típico de la zona, mientras sentía que el pasado se derramaba de nuevo sobre ella como una miel dulce y venenosa. Se quitó las gafas y se cubrió la cara con las manos tratando de no volver a pensar en él, de no caer de nuevo en el mismo carrusel sin sentido de recuerdos y reproches. No debía haber venido a Puerto Lobo, ese mundo la deprimía demasiado con su aureola de esperanza para los perversos. Allí hubiera podido quizá escapar con Ilain hacía tiempo, ser feliz con él, pero ¿cómo? Tenía razón Maeloc. ¿Qué hubiera hecho ella para sobrevivir, para olvidar su vida, su nave? Habría esperado todos los días en alguna parte a que Ilain volviera, asqueado, agotado de cumplir su trabajo con algún piloto como ella lo había sido. Se sentía primitiva y absurda cuando pensaba así, pero no podía soportar la idea de que Ilain le hiciera a otras mujeres lo que le había hecho a ella, que sus caricias, que su voz fueran para otras. Se esforzaba por convencerse de que un androide o un humano eran lo mismo: una habitación de hotel, un cubículo de reposo que ofrece a todos los que lo habitan el mismo confort y los mismos servicios. Nadie en su sano juicio se ofendería porque su cuarto, que sólo es suyo durante un par de noches, haya sido o vaya a ser de otros. Y, sin embargo,

le dolía pensarlo y el pensamiento le envenenaba la mente y le daba un deseo de aniquilamiento que cada vez tardaba más en controlar.

–*Salve*, piloto. Siempre que te veo tienes un vaso en la mano. Morirás joven.

Alzó la mirada, sorprendida, pestañeando locamente al retirar las manos de los ojos. De repente se encontró con unas gafas oscuras sobre la nariz que se adaptaban maravillosamente a los contornos de su cara.

–¡Mis gafas!

–Soy un tipo decente. Las he llevado siempre en el bolsillo, todo este tiempo, por si te encontraba en algún lugar.

–¿Qué haces aquí?

–Ahora vivo aquí, de momento. Mi chica es muy exigente pero hemos llegado a un buen acuerdo; aunque casi siempre estamos arriba, hay temporadas en que necesito bajar a estirar las piernas. Vamos, más bien a recordar que las tengo. Lea es posesiva pero bastante considerada.

–¿Lea es tu nave?

–Es un modo de decirlo. ¿Me siento?

Shere le hizo un gesto de invitación con la mano mientras sacudía la cabeza como si acabara de salir del agua. Apenas podía creer que fuera realmente Nel el que estaba sentado frente a ella. Si se concentraba un poco, podía sentir que no había pasado el tiempo, que ahora estaba con Nel desayunando y pronto, muy pronto, llegaría la hora de su cita con Ilain.

–Así que lo has conseguido –dijo por fin, levantando el vaso hacia él.

–¿El qué? –sus ojos se estrecharon hasta casi cerrarse.

–Esto –su gesto abarcó el local, el planeta–, tu nave, la huida, la libertad.

–¿Te conté yo eso? –había incredulidad en su voz.

–No, tú no –tragó saliva, se quitó las gafas–. Fue Ilain.

–¡Hijo de puta! Contando mis sueños a su bella desconocida. –Tensó la mitad de la boca en algo parecido a una sonrisa–. Brindo por él.

Shere tenía los ojos fijos en el centro de la mesa y sus manos apretaban rítmica, lentamente los bordes del vaso de plástico. Por fin preguntó en voz baja:

–¿Lo has visto últimamente? ¿Cómo está?

–Mejor que en todos los jodidos días de su vida. Ahora es feliz.

–¿Sí? –El dolor en la garganta era tan intenso que el sonido salió ahogado, perdido.

–No me digas que no lo sabes, piloto. Su compañera actual es como la mía, como la tuya incluso; posesiva y exigente pero muy dulce. –Se bebió el vaso de un trago y se levantó a buscar otro.

–¿Es humana?

Shere se ahogaba en cada pregunta pero necesitaba saber, saberlo todo. Nel estaba cada vez más tenso debajo de su calma aparentemente indestructible.

–Venga, piloto, deja de jugar conmigo. Lo sabes tan bien como yo, lo sabes mejor que yo. Tú lo denunciaste.

–¿Qué? ¿Ilain está... –su cuerpo se negaba a controlar los procesos necesarios para terminar la frase. Nel lo hizo. Brutal, salvajemente, mirándola a los ojos:

–Muerto. Sí. Ilain está muerto. *Dead. Tot.*

–¿Cuándo? ¿Cómo? –Las preguntas se expresaban más con el cuerpo que con la voz. La boca entreabierta, los ojos dilatados, la temblorosa inmovilidad de sus músculos.

–Lo denunciaron anónimamente poco antes de que subiera tu nave. Una mujer. Antes de que entrarais en el salto, Ilain ya no existía. Son muy eficientes en ese sector.

–¿Cómo sabes todo eso?

–Tengo algunos amigos. Cuando volví, había pasado bastante tiempo pero aún pude encontrar algo. Y había un mensaje también.

–¿De él?

Nel afirmó con la cabeza.

–¿Para tí?

–Sí. Cuando van a buscarte, te dejan cinco minutos para eso, para un mensaje.

Shere lloraba lentamente, sin sollozos, sin vergüenza, sin orgullo. Nel la miraba, primero sorprendido, luego, poco a poco, casi feliz.

–¿No fuiste tú?

Ella agitó la cabeza, sin dejar de llorar.

–Yo lo quería, Nel, lo quería. Hubiera desertado por él hasta que me dijo... Tú lo sabías, ¿verdad?, desde el principio. Y ahora, todo este tiempo he tratado de superarlo, de reconciliarme con la idea de que amar a un humano no es una monstruosidad. Ya casi lo había conseguido. Entonces quería ir a buscarlo y ahora... ahora ya no, ya nunca...

Nel le tomó las manos, que temblaban sobre la mesa, y las apretó entre las suyas.

–No te tortures, Shere. De eso ya pasó mucho tiempo.

–Para mí no, Nel. Para mí todo sucedió ayer, incesantemente. Para mí Ilain estaba vivo hace cinco minutos. Sigue vivo ahora aunque su piel acaricie la piel de otra mujer. Está vivo y piensa en mí.

–Shere, en su mensaje decía dos cosas, una referida a tí y otra para tí.

Ella lo miró expectante.

–Acabo de perder lo que más me importa en el mundo, decía, y luego, si alguna vez ves a Shere, dile que la he querido, que la quiero todo lo que un hombre es capaz de querer a otra criatura, que la comprendo y que deseo de todo corazón que sea feliz, que lo sea también por mí.

Shere sostuvo su mirada un momento y luego se tapó la cara con las manos y empezó a llorar violentamente, olvidada de todo. Nel se levantó y volvió con dos vasos.

–Bébetelo. Por Ilain.

Tratando de controlar el temblor de su cuerpo, tomó el vaso y lo vació de un trago.

–Y ahora vamos a salir de aquí y vamos a ser felices un rato por él, como él quería.

La cogió de la mano y la levantó de la mesa.

–Y hoy sin sangre, por favor.

Ella sonrió apenas.

–Ya te saqué una vez de líos, lo voy a hacer hoy de nuevo, pero no te acostumbres, piloto.

–Gracias, ilegal –dijo casi sin voz; luego corrigió – navegante.

–Llámame Nel –contestó con su voz rota, que temblaba.

–¿Qué te pasa, desastre? Te dejo unos días en tierra y vienes deshecho. Si sigues así voy a tener que encerrarte en el tanque para siempre.

–Lea, por lo que más quieras, ya he tenido bastante. Déjame acoplarme y quítame esta resaca como sea. Luego puedes hurgar lo que te dé la gana y enterarte de todo.

Nel se tumbó en el tanque lenta, pesadamente, con la desesperación y el alivio de quien entra en su ataúd para siempre. Había vuelto a la nave porque era el único sitio que tenía pero no le hubiera importado acabar muerto en una calle de Puerto Lobo después de aquellos días. Habría sido una buena muerte para un ilegal pero se le había acabado el dinero, el alcohol y la capacidad de desear, de desear cualquier cosa, la vida, la muerte, a Lea, a Shere. Cuando pensaba en ella, sentía el impulso de aullar hasta desgarrarse la garganta y ni siquiera sabía por qué. Sólo sabía que la había deseado, que la había querido, que le había hecho el amor sin conseguir tenerla, sin poderla retener; que habían estado juntos unas horas enlazándose y mordiéndose con el fantasma gris de Ilain entre sus cuerpos. Y luego ella, con los ojos abiertos en la penumbra malva, lo había insultado en voz baja, serena, su cuerpo frío y ausente, muerto. Muerto como Ilain.

–Mi vida es un paseo entre los muertos.

–Sólo estás cansado, Nel, y triste. Eso tiene arreglo.

–Yo no quiero un arreglo, Lea. Quiero que se acabe.

–Eso también tiene arreglo.

–Pues arréglalo. Por lo que más quieras.

–Tú eres lo que más quiero. Además de que los organismos bioelectrónicos, oficialmente, no tienen capacidad de amar... No está en su naturaleza.

–No estoy para juegos, Lea.

–Ya lo sé.

–Se va a sacrificar, Lea. Esa imbécil va a morir por mi culpa. Dice que no soportaría seguir viviendo después de esto. Se va a autodenunciar. Por mi culpa.

–Tú no tienes culpa. Olvídalo.

–Llevo días tratando de olvidarlo.

–Relájate un momento. Estás dificultando el acople. Tú no tienes la culpa. Los humanos son inestables y la Flota necesita suicidas. Está bien así.

–Yo también soy humano y no quiero colaborar con la Flota y ella es Shere.

–¿No te das cuenta de que ya no puedes ni pensar? Déjame entrar y calla. Yo cuidaré de tí.

El acople llegó suave, dulce, como un pañuelo de seda, fresco y aromático.

–Te voy a dormir, Nel. Cuando despiertes, saldremos de aquí. Quiero estar arriba para curarte pero sabes que no llegaré sin tí.

–Soy tuyo, Lea, pero no me pidas nada ahora. No tengo nada que dar.

–Duérmete, piloto.

Sintió la entrada del narcótico como un fluido helado que lo calmaba y lo llevaba lejos, lejos de todo, abajo, muy abajo, o arriba, y solo, tan solo que hasta Nel empezó a perderse por el camino mientras él flotaba entre burbujas de espuma de mar y desaparecía.

Las nueve naves, pequeños puntos de luz azul violáceo, de una brillantez insoportable, volaban enloquecidas hacia un carguero sikh rodeado de sus puestos de defensa.

Toda la tripulación libre de la nave madre se había reunido en la sala de observación para ver el ataque en tridi mientras que el resto podía seguir el sacrificio en las pantallas. Cientos de hombres y mujeres flotaban en la inmensa sala circular en completo silencio mirando el espectáculo que se ofrecía en la esfera central a escala reducida. Era un ataque modelo. Los nueve deltas volaban en punta de flecha dirigiéndose a la nave enemiga sin desviar apenas su trayectoria para poner fuera de combate a los móviles de ataque sikh, de una terrible capacidad destructiva pero menos ágiles de maniobra. Los delta aparecían en la simulación como puntos azules volando en la

sala, los sigh eran brillantes puntos verdes, el carguero, uno de los gigantes de la flota enemiga, una enorme estrella blanca con destellos anaranjados, quieta, perfectamente inmóvil en un extremo de la esfera de proyección, protegida por el barrido de sus defensas, una red de líneas móviles rojo rubí.

–Van a entrar en la trama –susurró una voz y todos los tripulantes, especialmente los pilotos, contuvieron el aliento. Sabían lo que significaba. Cuando los deltas alcanzaban la zona de seguridad de la nave enemiga, y esta vez lo habían hecho sin bajas, los móviles sigh se retiraban porque para ellos el peligro era igual y la supervivencia del carguero quedaba entregada a su red de defensa, la que aparecía como una trama de rayos rojos en constante movimiento. Los delta tenían que atravesar la red sin ser tocados por los haces de muerte cuyo barrido era controlado por un generador de azar. Nadie podía prever donde estaría un rayo en el siguiente momento, dónde habría un espacio libre por el que deslizarse. Nada podía predecir la secuencia aleatoria utilizada por los sigh, por ello los pilotos volaban apoyándose en el riesgo y la intuición únicamente.

–Ya casi, ya casi. ¡Vamos, Tigre! *Show them, show them.*

Las voces en la sala, susurros al principio, iban subiendo de tono conforme se acercaban los delta a la trama interior. Allí tendrían que defender a Tigre de los antiaéreos de corto alcance colocados sobre el casco exterior del carguero. Si conseguían cubrirlo, Tigre seguiría solo hacia la trama interna, volando por deseo, utilizando sólo el riesgo y la intuición para sobrevivir hasta llegar al punto vital de la nave. Los otros delta tratarían de huir en el momento en que Tigre penetrara en la segunda red.

–¡Lo van a conseguir!

–¡Dale, Tigre!

–¡Vamos, muchachos!

–¡Ya casi los tenéis!

Lol observaba fascinada, sin moverse, los ojos prendidos a los puntos azules que volaban saltando entre la trama roja salpicada de explosiones amarillas. Tenía la boca seca y se mordía constantemente el labio inferior. Tigre era de los suyos, uno de sus mejores pilotos. Tenía que conseguirlo.

Un destello naranja brilló un instante sobre una luz azul. La voz de Madre habló a la nave:

–Una baja. Kalel.

La tripulación guardó silencio. Todos seguían a los supervivientes con su deseo. No era momento aún para la tristeza. Un piloto, cerca de Lol, se clavó las garras sintéticas en la cara murmurando: "Kalel, ¡Oh, no!, ¡Kalel!", pero sus ojos estaban clavados en Tigre que avanzaba saltando hacia el umbral de la segunda trama. Se oyó su voz de pronto en la nave:

–Estoy en el umbral. ¡Largo, chicos; gracias! ¡Adiós a todos, Madre!

–¡Buena muerte, Tigre! –contestó la nave.

–¡Buena muerte! –rugió la tripulación.

–¡Hermosa muerte, Tigre! –susurró Lol.

Tigre avanzó como un delirio hasta el punto vital del carguero. Dos segundos después, la gran estrella blanca parpadeó un instante y desapareció de la simulación. Los gritos de triunfo de los tripulantes ahogaron casi la voz de Madre:

–Segunda baja. Dafnir.

–Estaba demasiado cerca ese imbécil –dijo Lol apenas en un susurro ronco.

–¡Lo han conseguido!

–*They got it!*

–Lo han hecho.

Los seis puntos violáceos volaban en arco hacia casa tratando de librarse del acoso de los móviles sigh supervivientes. Ahora ya estaban muertos, sin base a donde volver y su única finalidad era derribar a los delta antes de autodestruirse, pero eran demasiado lentos para alcanzarlos y se habían dispersado.

–Cinco segundos para entrar en zona de seguridad –informó Madre–. Dos, uno. *Home*. ¡Bienvenidos, chicos!

Todos los pilotos se lanzaron como locos a la zona puerto para felicitar a la escuadrilla de sacrificio y comentar la acción. Lol se quedó donde estaba, mirando al centro de la esfera de simulaciones donde sólo los destellos de las naves sigh al explotar rompían el aire traslúcido.

–Se acabó –dijo por fin, pasándose las manos por el pelo–. Una muerte hermosa y valiente, pero ahora se acabó todo para él, ¿lo entiendes?

Shere asintió con la cabeza, apretando los labios.

–Ya no sonreirá más, ya no tendrá más permisos, ya nunca volará, ya no habrá más androides, ¿te das cuenta? Maeloc se acabó para siempre. ¿Y todo por qué?

Shere tragó saliva.

–Porque lo he denunciado, porque lo he traicionado.

–Porque era un perverso –cogió a Shere por los hombros y la sacudió violentamente– y porque era un perverso tan imbécil que no aceptó la remodelación.

–Era un valiente.

–Era un gilipollas. Lo único que uno tiene es a sí mismo y si lo pierdes, ¿qué te queda?

–Pero si te remodelan, ya no eres tú.

–Claro que eres tú. Sólo borran lo peligroso, lo que hace daño. Y además, ¿tú qué eres? Cuando te den otra vida, estarás contenta con ella. Has elegido bien, vieja. Me lo agradecerás.

Shere no dijo nada. No tenía nada que decir. Lol le pasó el brazo por los hombros y caminaron lentamente, en silencio, hacia el bar de pilotos.